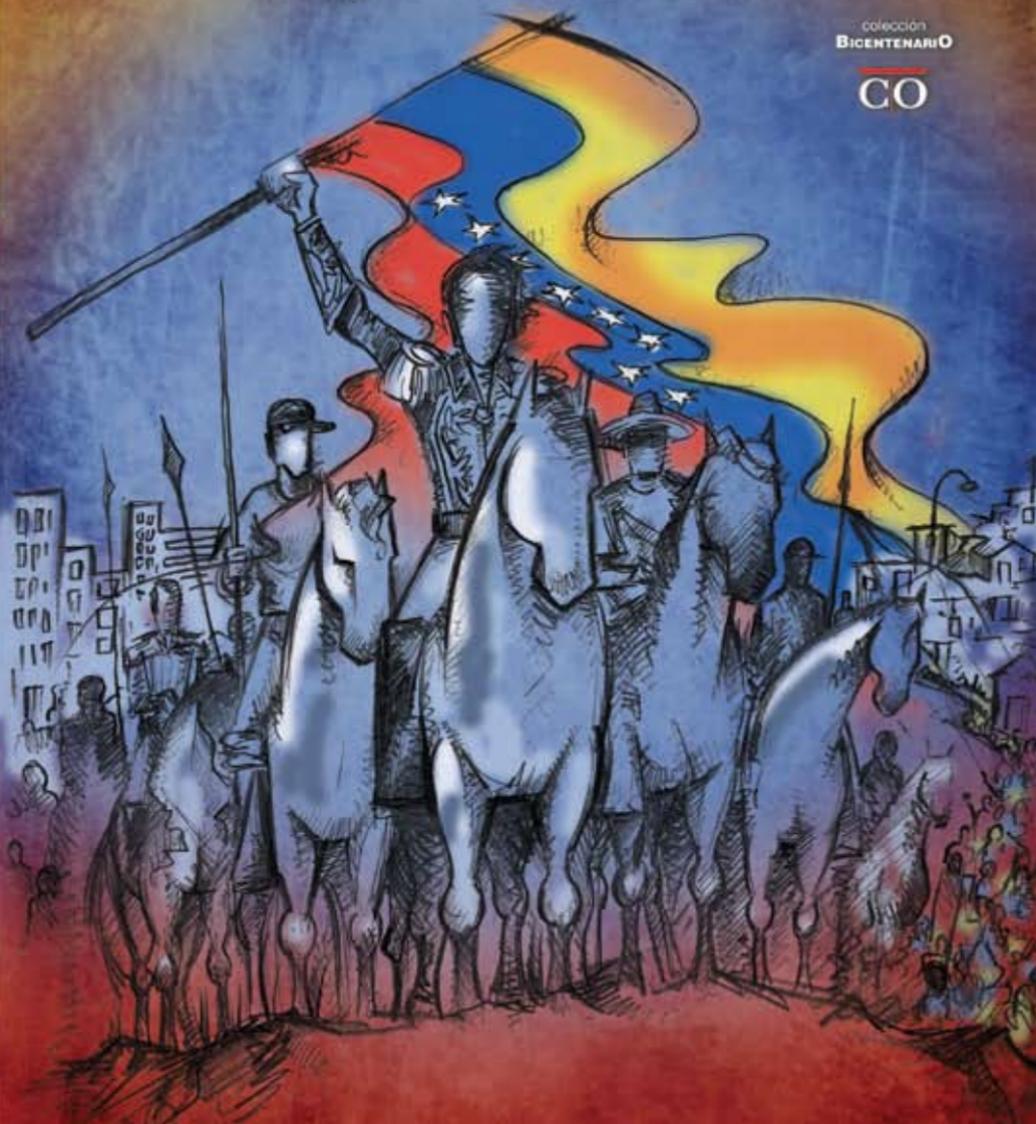


Nuestra lucha por la independencia

colección
BICENTENARIO

CO



Nuestra lucha por la independencia



Nuestra lucha por la independencia

Colección BICENTENARIO

Correo del Orinoco

Alcabala a Urapal, edificio Dimase,
La Candelaria, Caracas-Venezuela.
www.correodelorinoco.gob.ve

Texto

Michel Bonnefoy

Diagramación

Ingrid Rodríguez

Ilustraciones

Omar Cruz

Corrección

Francisco Ávila
José Daniel Cuevas

Depósito legal: lf26920113201864

Rif: G-20009059-6

Mayo, 2011

Imprenta Nacional y Gaceta Oficial

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Presentación

Este libro presenta resumidamente la historia de Venezuela, desde sus orígenes en los pueblos que cultivaban un equilibrio justo entre las necesidades inherentes al desarrollo y crecimiento poblacional, con la protección de la flora y la fauna silvestres de las selvas, montañas y llanuras que el imperio español vino a saquear para financiar sus guerras europeas y saciar su sed de oro y poder.

Recorre, en pocas palabras y varias ilustraciones, la larga y dolorosa resistencia indígena contra la esclavitud, la depredación y los excesos de los invasores, seguida de las múltiples rebeliones contra el dominio español por parte de sambos, indios, negros y criollos explotados por la Compañía Guipuzcoana y las autoridades al servicio de los intereses españoles.

El desembarco de Miranda, la sublevación de Gual y España y la guerra de independencia son algunas de las etapas de la progresión lógica e inexorable que desarrolla esta breve cronología de la lucha por la libertad de un pueblo conducido por guías luminosos, como Bolívar y otros héroes de la emancipación.

Etapas oscuras atraviesan luego la historia de Venezuela: la Guerra Federal que opone distintas facciones de una misma oligarquía rapiña, indiferente a la condición social y económica de la gran mayoría de la población,

los Páez, Monagas, Falcón, Guzmán Blanco, caudillos, políticos al servicio de una clase explotadora que sólo enfrentó Ezequiel Zamora y su levantamiento al grito de “tierra y hombres libres”.

Así avanza el libro hacia la aparición del petróleo, a inicios del siglo XX, bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez, quien otorgó concesiones para su producción y exportación a diferentes compañías extranjeras, en tales condiciones que su explotación se transformó en otro saqueo a la nación, que los gobiernos sucesivos mantuvieron a pesar de la creciente oposición del pueblo que le dio nacimiento a los primeros sindicatos y otras organizaciones populares.

Inmediatamente después de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, los partidos AD, Copei y URD firmaron el Pacto de Punto Fijo como una manera de conservar el poder en manos de la clase dominante y excluir de él a las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas.

Pese a ello y de sufrir una represión implacable, con miles de muertos, torturados y desaparecidos, el movimiento popular se organizó y adoptó diferentes formas de lucha, guerrilla armada, huelgas y manifestaciones hasta la rebelión popular espontánea de febrero de 1989, conocida como el Caracazo, y la llegada a la Presidencia de la República de Hugo Chávez Frías, que marca una era en que el pueblo empezó a ser protagonista de su destino.

Antes de Venezuela



La vida antes de la devastación



Durante siglos se impuso la visión europea de que la historia de Venezuela —y en general, de América— habría comenzado con la llegada de Cristóbal Colón y el “descubrimiento” de un “nuevo mundo”, según los conquistadores, carente de saberes, de pensamiento propio y, por ende, de civilización.

Sin embargo, cuando los españoles llegaron a usurpar estas tierras a principios del siglo XVI, aproximadamente medio millón de personas vivían en el territorio que más tarde conformaría Venezuela.

Numerosas etnias de orígenes diversos coexistían en selvas, montañas y llanuras irrigadas por ríos caudalosos. La característica principal de todas ellas era su estrecha relación con la naturaleza.

Su filosofía era la preservación del equilibrio entre las necesidades inherentes al desarrollo y crecimiento poblacional, con la protección de la flora y la fauna silvestres, sin las cuales desaparecerían.

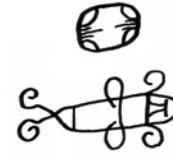


Muchas comunidades de la selva consideraban el transcurrir de la vida humana paralela a las plantas:

En la Tierra no había nada ni nadie, sólo la fuerza. Como ésta se sentía sola, llenó la planicie de piñas, que luego mandó a que se abran para dar nacimiento a los bari, quienes lo primero que hicieron fue construir una casa comunal para vivir todos juntos. La hicieron de palma real para que sea fresca y ovalada para recordar a las piñas de origen. Colgaron los chinchorros y al centro encendieron el fuego. Después fueron al bosque a buscar semillas. (Leyenda bari)

Decenas de pueblos, con sus idiomas y costumbres, vivían en total armonía con sus respectivos medioambientes: waraos en los caños de la desembocadura del río Orinoco, timotes en las montañas de los Andes, arawaco en las planicies, caribes en la costa, wayúu en torno al lago Maracaibo, yanomami en las selvas del Amazonas, entre otros.

La variedad y la extensión de esa geografía, amazónica, andina y caribeña, determinó la diversidad cultural de los múltiples pueblos que ahí habitaban.



Orígenes de una economía sustentable

A diferencia de lo que propagaron los colonizadores europeos en su afán de aplastar lo existente en las culturas indígenas, los aborígenes de la época hacían uso de tecnologías rudimentarias para la construcción de viviendas, diques, terrazas, canales de riego, entre otras.

Había comunidades nómadas, cazadores de dantas y manatíes, y había agricultores sedentarios, en particular sembradores de maíz, un cultivo que exigía complejos sistemas de riego, con diques y embalses para controlar los ríos.

También había recolectores de conchas marinas y pescadores, quienes se transportaban en embarcaciones fabricadas con base en un solo tronco de árbol caído. La consonancia que regía como norma la relación que los indígenas establecían con su entorno natural no les permitía derribar una palma sin tener necesidad.

Mientras unos adecuaban el terreno montañoso a la agricultura construyendo

terrazas, otros edificaban muros de piedra en los valles para ordenar los sembradíos.

En la zona que hoy llamamos los Llanos, los pueblos originarios construyeron una extensa red de calzadas que comunicaban las aldeas entre sí. También crearon los “campos elevados” que incrementaban la producción agrícola en las zonas más anegadizas, dominando así las inundaciones en época de lluvias.



Cultura y simbiosis con la madre tierra

Los mitos y las leyendas reflejan el muy estrecho vínculo que unía (y une hasta hoy) a todos estos pueblos con la naturaleza, con la tierra y su generosa pero frágil fecundidad.

Una sola pareja de humanos sobrevivió al diluvio. Desde una montaña dispersaron semillas de palma moriche que dieron vida a las mujeres y los hombres del planeta.

La simbiosis con la naturaleza se traducía también en una gran variedad de viviendas, dependiendo del hábitat inmediato (ninguno de los aborígenes de esas tierras solía traer materiales de regiones lejanas para edificar o fabricar sus instrumentos), desde casas de piedra unifamiliares en las zonas más frías hasta churuatas colectivas de madera y palmas que agrupaban al grupo familiar extendido, sin olvidar los palafitos wayúu y waraos, viviendas comunes apoyadas sobre pilotes en lagunas y manglares en ambos extremos de esa geografía accidentada.

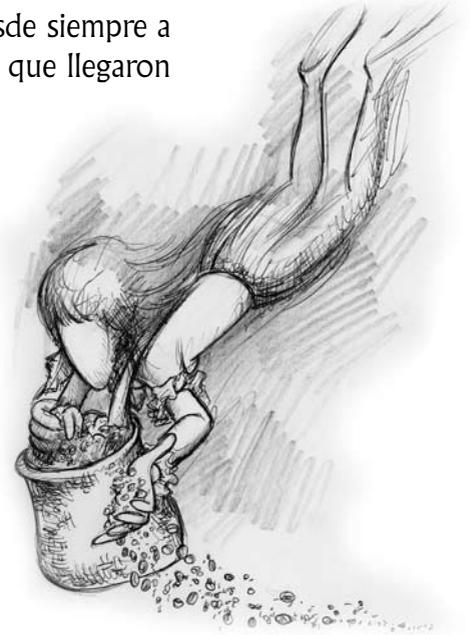
Pese a las grandes diferencias entre sí, la mayoría de esos pueblos se vinculaban a través del trueque, tubérculos de la montaña por frutas de las tierras bajas, huevos de tortuga por maíz, yuca por pescado salado...

Algunos llegaron a desarrollar amplias áreas de intercambio, como los kariña que cultivaban auyama, algodón, tabaco y árboles frutales, para cambiarlos por canoas y hamacas. Producían también cerámica, cestería y adornos corporales de plata, oro, perlas y carey de conchas de tortuga que se encontraron en zonas distantes de su hábitat habitual.

Las vestimentas y la cestería variaban según la región, puesto que eran fabricados con las fibras naturales que encontraban en su entorno inmediato, guayucos por el calor o atavíos de lana más elaborados para combatir el frío en los Andes.

Nadie

confeccionaba más de lo que requería la comunidad, actitud que los diferencia del afán mercantilista que caracterizó desde siempre a los conquistadores que llegaron a estas tierras. Así, nuestros indígenas preservaban los ecosistemas, que nunca se vieron devastados en los siglos que acogieron a los nativos devotos de la madre tierra.



Sociedades comunitarias

En varias de esas comunidades, se sancionaba fuertemente la acumulación de riquezas. La propiedad era colectiva, el sentido de la producción no era individual sino social, y el excedente era de propiedad comunal. En la mayoría de ellas la comida se preparaba para toda la comunidad.

No obstante, las pretensiones territoriales de algunas poblaciones agresivas desembocaron en guerras, algunas de ellas de gran magnitud.

Ejércitos de hasta 40 mil hombres se enfrentaron en la guerra entre catuches y teques.

En otra zona, los warao, huyendo de los caribe, dejaron su territorio ancestral encontrando un nuevo hogar en los caños del delta del río Orinoco:

Los warao hallaron refugio y protección contra las oleadas de arawacos primero y de caribes después, arrinconándose en las densas selvas cruzadas por numerosos caños que forman el complicado laberinto en el delta orinoquense. (Dupouy, 1953, cit. por Pastor, 2001: 135)

La organización social variaba substancialmente de una región a otra. Algunos pueblos constituían comunidades tribales jerarquizadas, con caciques y autoridades de paz, mientras otros se dotaban de una organización comunitaria donde sólo la figura del chamán, guía espiritual y curandero, asumía un rango superior. Hacían (y aún lo practican) un uso racional de las plantas con fines medicinales.

Para todas ellas, el mito era la base de la literatura oral, era el concepto religioso, la base de la pintura y de la escultura, de la música y de la danza, de todas las manifestaciones de la cultura.

Al principio no había tierra, sólo aire y viento. Buoko nació con las palabras, con las palabras del canto. Lo crearon los pensamientos y visiones que el viento llevaba.

(mito piaroa)

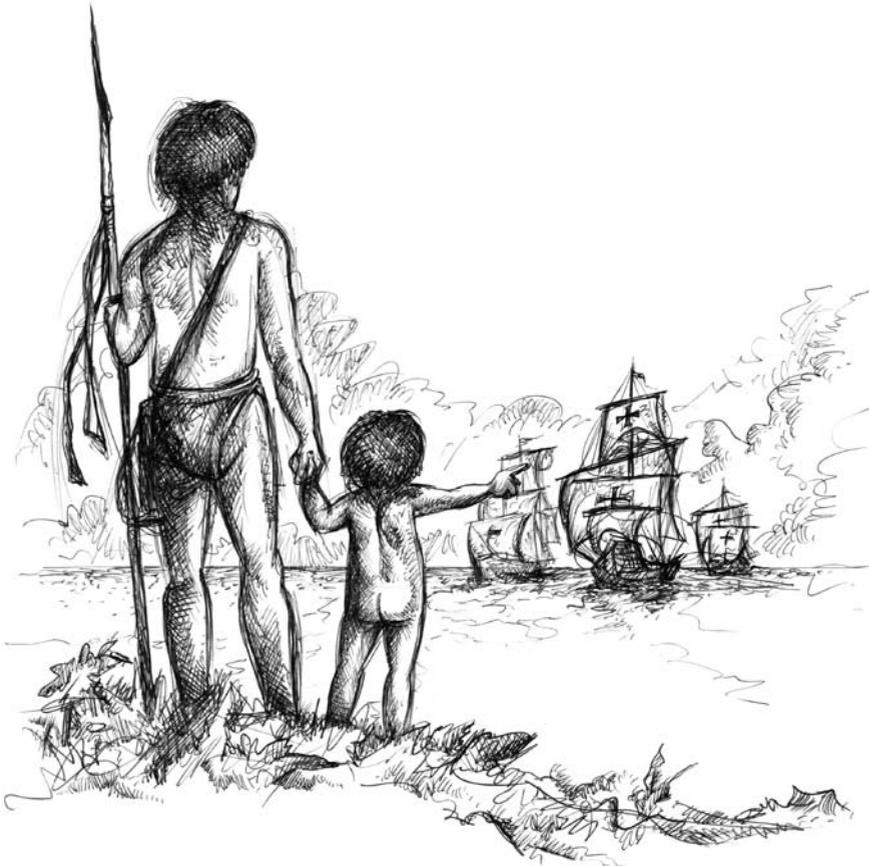


Con Colón
empezó el saqueo





Cristóbal Colón y su “descubrimiento”



Corría el mes de agosto de 1498 cuando los aborígenes habitantes de la península de Paria divisaron en el horizonte las velas desplegadas de una carabela. No conocían ese tipo de embarcaciones ni sabían que su tripulación estaba compuesta por salvajes, conquistadores sedientos de oro, de perlas preciosas y todo tipo de riquezas, que solían engrillar a la gente para obligarlos a trabajar para ellos.

Nada se sabía en esas tierras “inexploradas” sobre los estragos que esos mismos invasores estaban causando entre la población nativa de La Española. Los aborígenes de Paria acogieron a los extraños con hospitalidad porque ignoraban que en las islas estaban apresando a la gente para venderlos como esclavos en España o para ponerlos a trabajar la tierra que se apropiaron sin miramientos.

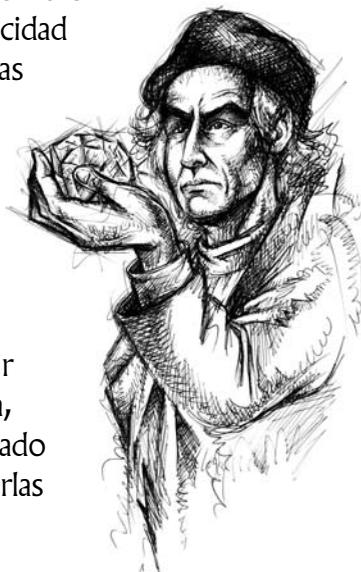
Los pueblos que se resistían al saqueo eran masacrados; las mujeres, violadas, y los sobrevivientes, torturados como escarnio.

Estas matanzas fueron descritas clara y crudamente por un fraile de la época, Bartolomé de las Casas (1484-1566):

En La Española los cristianos con sus caballos y espadas comienzan la matanza: desbarrigaban a las mujeres paridas y despedazaban a los niños y ancianos. Tomaban los niños de las tetas de la madre por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las rocas... otros bullían los cuerpos de niños en los ríos riendo y burlando... Hacían una horca larga que no juntasen los pies a la tierra, de trece en trece, para luego colocar leña a fuego lento y los quemaban vivos.

Cuando la embarcación se aproximó a la costa, salieron los hombres en canoas a recibirlos, algunas de ellas con capacidad para 25 remeros; otras más pequeñas y veloces, con frutas, tortas de maíz y distintas ofrendas dignas de tan exóticos visitantes. Los aborígenes se presentaron en son de paz, con paños de colores en la cabeza, prudentes, pero sin armas.

Cristóbal Colón los invitó a subir a la carabela y los recibió en la proa, acondicionada para la ocasión, excitado por las pulseras y los collares de perlas



que lucían los pescadores. Con señas los interrogó sobre el origen de las perlas, a lo que los nativos le respondieron indicándole la dirección de una isla que más tarde llamarían Margarita (“perla”, en griego) por la princesa de Castilla.

Los cumanagotos invitaron a Colón a que bajase a tierra, lo que el almirante hizo, rodeado de una muchedumbre curiosa que lo recibió con honores. No obstante la buena acogida y la bienvenida que le dieron los principales en sus casas con alegres brebajes, Colón izó las velas y zarpó hacia el norte, no sin antes capturar a una docena de hombres que llevó engrillados a La Española.

El caudal y la abundancia de sus ríos, el clima, la frondosidad y la exuberancia de su naturaleza, la belleza y alegría de su población, llevaron a Colón a bautizar a esta región como “Tierra de Gracia”, lo que describió más tarde como un paraíso terrenal:

En esta Tierra de Gracia hallé temperancia suavísima y las tierras y árboles muy verdes y tan hermosos como en abril las huertas de Valencia: y la gente de allí de muy linda estatura. Y muchos traían piezas de oro al pescuezo y algunos atadas a los brazos algunas perlas. Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal.

El arribo del segundo saqueador

Al año siguiente atracó en esas mismas playas de Paria Alonso de Ojeda y su tropa de codiciosos, fuertemente armados, seguido de cerca por Pedro Alonso Niño y Cristóbal Guerra con sus respectivos soldados. Todos querían las perlas y el oro con que se adornaban los oriundos de la península de Paria. Al principio cambiaban las joyas por trozos de platos

españoles quebrados, tijeras y tejidos, pero al poco tiempo las arrebataban con la espada y el arcabuz.



Los cumanagotos, caribes y otros habitantes de la región empezaron a conocer a los indeseados y demasiado recurrentes visitantes y a comprender la única razón que los traía a esa tierra exuberante y generosa. Cansados de la violencia

de los invasores, dejaron de recibirlos con las puertas abiertas y se organizaron para proteger a sus mujeres, su tierra y sus bienes.

Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de Indias, nos deja un testimonio bastante esclarecedor de la visión que los conquistadores tenían de los indígenas: “...naturalmente vagos y viciosos, melancólicos, cobardes y, en general, gentes embusteras y holgazanas [...], idólatras, libidinosos y sodomitas [...] ¿Qué puede esperarse de gente cuyos cráneos son tan gruesos y duros que los españoles tienen que tener cuidado en la lucha de no golpearlos en la cabeza para que sus espadas no se emboten?”

Alonso de Ojeda siguió su ruta bordeando la costa de la Tierra de Gracia en busca de perlas, oro, esclavos y posesiones, ya que pese a estar intensamente poblados, los territorios “descubiertos” por los invasores eran considerados “Tierra de Nadie” y, por lo tanto, con derecho a tomar posesión de ellos en nombre de la Corona española.

Creyéndose el dueño del mundo por mandato divino, el Sumo Pontífice regaló parte de sus pertenencias a los Reyes Católicos, quienes a su vez las repartieron entre sus súbditos:



Todas esas islas y todas esas tierras, que por lo demás desbordan de oro, especias y numerosos tesoros, situadas al oeste y al sur de la línea que va del Polo Norte al Polo Sur, a cien leguas al oeste de las islas de las Azores y Cabo Verde, son asignadas a los Reyes Católicos. Este acto queda establecido en virtud de la autoridad del Dios Todopoderoso, concedida al bienaventurado Pedro, y a título de Vicario de Jesucristo que el Sumo Pontífice ejerce sobre la tierra. (Bula Papal)

En otra nave, perteneciente a la misma expedición de Alonso de Ojeda, viajaba Américo Vespucio, a quien se le atribuye el origen del nombre Venezuela dado al primer territorio continental que pisaran los españoles en el año 1498.

Desde esta isla fuimos a otra isla vecina de aquella, a diez leguas, y encontramos una grandísima población que tenía sus casas construidas en el mar como Venecia, con mucho arte; y maravillados de tal cosa, acordamos ir a verlas, y al llegar a sus casas, quisieron impedir que entrásemos en

ellas. Probaron cómo cortaban las espadas y se conformaron con dejarnos entrar, y encontramos que tenían colmadas las casas con finísimo algodón, y las vigas de sus casas eran también de (palo de) brasil, y les quitamos mucho algodón y brasil, volviendo luego a nuestros navíos. (Américo Vespucio)

Aún cuando el adelanto tecnológico, el poderío económico y el hábil manejo del arte de la política, en particular la máxima “Dividir para reinar” fueron ventajas insalvables en la misión de conquista por parte de los europeos, los pueblos indígenas resistieron durante siglos por defender su tierra y su libertad.



La versión oficial

Los libros de historia, la iglesia y los potentados descendientes de los colonizadores nos enseñaron siempre que la llegada de los españoles a América fue el “encuentro entre dos culturas”, “el arribo de la civilización”, “el nacimiento de un nuevo mundo”, “el descubrimiento de una *terra ignota*”, “la cristianización de los salvajes”... Ninguna mención de la esclavitud, de la aniquilación de culturas y el exterminio de civilizaciones, de la explotación más cruel y del genocidio de millones de indígenas.

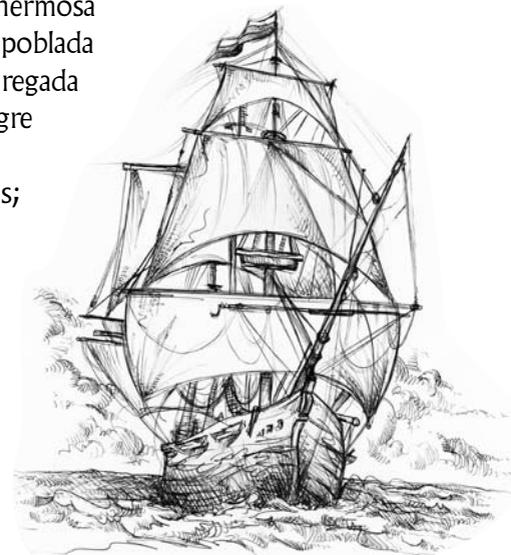
La lectura de un texto escolar de un país latinoamericano es aleccionadora:

La epopeya del descubrimiento y la conquista es, fundamentalmente, una epopeya popular. No sólo por sus hombres, que cortaron horizontes y abrieron a los siglos las puertas gigantescas de un nuevo hemisferio —como Cortés, como Mendoza, como Pizarro y como Balboa—, sino por la cruz que venía a la par de la espada. Esta era la herramienta del héroe aislado en el mundo agreste; aquélla el signo de paz,

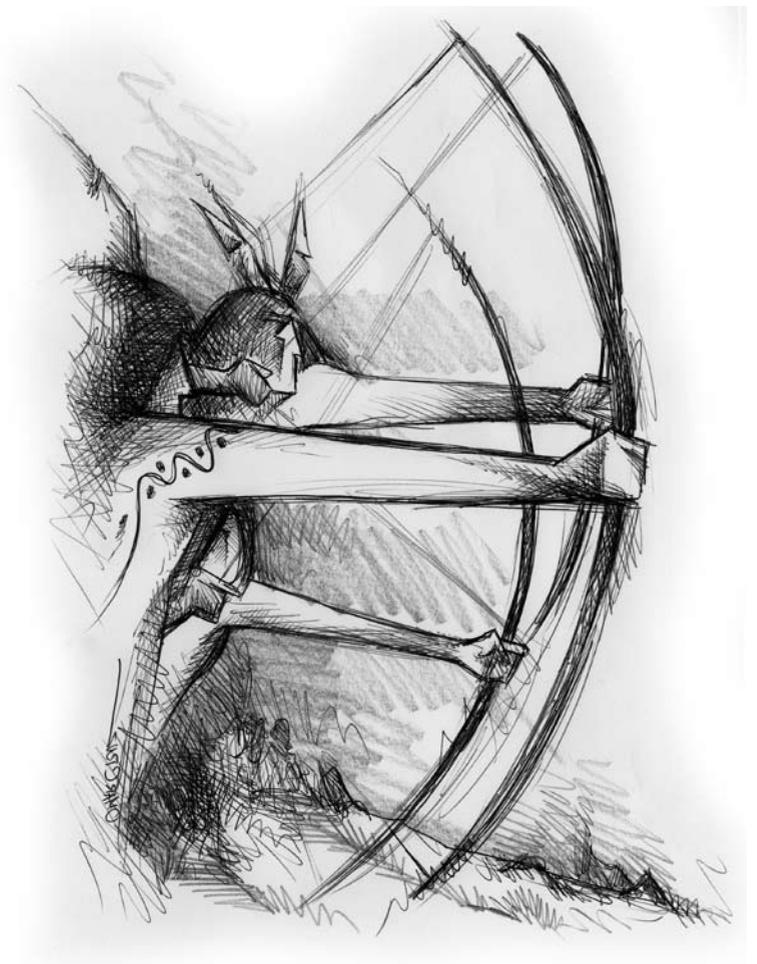
de igualdad y de amor entre los fieros defensores de la fe y los conquistadores para el reino de Jesús más que para el reino de Fernando e Isabel.

Trescientos años después, así describiría el Libertador esa invasión:

Semejantes actos afligen a los más endurecidos, y excitan justa execración contra aquellos que los han perpetrado... Son hechos abominables para deshonar el género humano, que con tanta frecuencia se repitieron durante el descubrimiento... La historia relata aquellos espantosos acontecimientos que el fraile Las Casas vio con sus propios ojos. Esta nueva y hermosa porción del globo, poblada por nativos indios, regada después con la sangre de más de veinte millones de víctimas; y vio también las más opulentas ciudades y los más fértiles campos, reducidos a hórridas soledades y a desiertos espantosos.



Resistencia *indígena*





Una resistencia digna y heroica

Al poco tiempo de haber desembarcado, los españoles desvelaron su naturaleza intrínseca, que los pueblos originarios sufrieron en carne propia. Los conquistadores nunca alimentaron otra intención que no fuese enriquecerse a costa de la explotación de las tierras descubiertas y su población nativa. Cristóbal Colón, en su primer viaje, escribía en su diario el 16 de diciembre de 1492: “Ellos no tienen armas y son muy cobardes y así son de buenos para mandarles y hacerles trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que les fuere menester”.

Todo aquel que se oponía a sus designios era engrillado y forzado a trabajar para los ocupantes de cuyos territorios los navegantes habían “tomado posesión” en nombre de los Reyes de España. Las mujeres también debían servir a los usurpadores en todas sus necesidades, incluyendo las sexuales.

Los excesos cometidos y la injusticia instaurada por la fuerza provocaron la rebelión de los nativos en todo el territorio americano.

Canoabo, cacique de los caribe, lideró el primer levantamiento en la isla La Española, donde tomó por asalto el Fuerte de la Navidad, matando a sus 39 ocupantes. En sucesivas batallas se enfrentó a las tropas de Colón, hasta ser derrotado y aprisionado por Alonso de Ojeda, quien lo envió junto a su hermano a España para ser vendido como esclavo en el año 1496.

Esa rebelión en La Española fue sólo el inicio de un largo y doloroso proceso de resistencia indígena a la ocupación europea, que adquirió características diversas en las distintas regiones de toda la geografía del continente.

En Venezuela, a la muerte del gran cacique Catuche, en el año 1550, asumió el mando de los caracas y los teques un joven de 20 años llamado Guaicaipuro, quien se enfrentó por primera vez con los españoles cuando éstos invadieron el territorio de los teques para explotar una mina de oro.

El cacique Guaicaipuro logró una alianza estratégica con otros caciques



de la región, tales como Baruta, Chacao, Naiguatá, entre otros. Pese a algunas victorias notables, en particular contra el mestizo Francisco Fajardo y el capitán Luis de Narváez, fue derrotado en la batalla de Maracapaná en 1568.

Rodeado en su cuartel de Suruapó por las tropas enviadas por Diego de Losada, prefirió morir luchando antes de ser apresado como esclavo. Según las crónicas de la época, éstas fueron sus últimas palabras:

¡Ah, españoles cobardes... Yo soy Guaicaipuro a quien buscáis y quien nunca tuvo miedo de vuestra nación soberbia. Aquí me tenéis, matadme, para que con mi muerte os veáis libres del temor que siempre os causé.

Como homenaje a su gallardía, casi 500 años después, el presidente Hugo Chávez pidió que sus restos mortales fuesen trasladados al Panteón Nacional.

La muerte de Guaicaipuro no amilanó el espíritu indómito de los pueblos establecidos en el territorio de Venezuela. Baruta, hijo del propio Guaicaipuro, libró y ganó grandes batallas,





hasta que firmó un tratado de paz con las autoridades españolas. También Catia, en la serranía que circunda Caracas, una región habitada por los mariches, obtuvo algunos triunfos memorables antes de morir en combate contra las tropas de Diego de Losada.

La contienda entre aborígenes y conquistadores era desigual. La gran experiencia en la guerra de los europeos, su tecnología avanzada, además de los caballos y los perros amaestrados, contrarrestaba la superioridad numérica de los indígenas. También la división que los invasores lograron generar entre las distintas tribus facilitó la dominación.

El pacto de algunos caciques con los españoles era considerado una traición por otros, lo cual generó profundas divisiones y guerras intestinas entre las tribus. A mediados del siglo XVI en la zona de Valencia, por ejemplo, Queipa, cacique de los tacariguas, pactó la paz con Alonso Díaz de Moreno, lo que Guaratarí juzgó como una traición imperdonable y le declaró la guerra.

En otras ocasiones, los conquistadores rompieron las alianzas que habían establecido con los nativos, como fue el caso con el gran jefe Manaure de la nación caquetía, un hombre de paz que reinaba en la zona donde hoy se sitúa el estado Falcón.

Por distintas circunstancias, entre ellas la personalidad del capitán Ampies que intentó realizar una “penetración” pacífica, el cacique Manaure estableció un tratado de paz con los españoles, que sólo se rompió cuando el emperador Carlos V concedió a una casa alemana la explotación de esas tierras. Los nuevos “dueños” de la región enviaron a Ambrosio Alfinger, quien apresó a Manaure como primera medida al asumir el poder.

Más hacia occidente, el cacique Mara dominaba un territorio que se extendía desde el lago Maracaibo hasta el río Magdalena. Perfecto conocedor de la geografía guajira, agrupó a diferentes pueblos de la región con quienes hizo frente a los invasores españoles.

Algunos historiadores, como Besson, reconocen





a su manera la altura del cacique Mara: “El principal cacique del lago era Mara, que vivía feliz entre Maracaibo y la margen oriental del Lago.

Los indios inmediatos a su mando se opusieron a la intromisión de Alfínger y sostuvieron serios combates, en uno de los cuales el valeroso cacique cayó muerto”;

mientras que otros historiadores, como

Gómez Espinosa, niegan incluso su existencia:

“Hemos de hacer una aclaratoria acerca de un cacique Mara, muy popularizado por la leyenda, lo que incluso ha llevado a erigirle una plaza en la capital zuliana y un municipio.

El cacique Mara no existió”.

A muchos kilómetros de ahí luchó el cacique Maracay al frente de los araguas, cuya principal proeza fue la de derrotar a Rodríguez Suárez. Tuvo que venderlo uno de sus lugartenientes para que los españoles pudiesen darle muerte. Los guerreros araguas juraron luchar hasta la muerte en honor al jefe caído, y lo hicieron en la batalla de La Colina de la Cruz al mando del cacique Meregote.

En Mérida resistió Murachí; Paramacay, en Barlovento y Yavire en la región guayanesa.

Paramaconi expulsó a Fajardo de Caraballeda y Pariata incendió el bergantín español El Pelayo en Catia La Mar; Terepaima llegó a controlar Miranda, Carabobo, Cojedes y Lara; mientras Yare dominaba Anzoátegui y Monagas; y el heroísmo de Tamanaco, de Sorocaima, de Prepocunate... son el origen y la base de la idiosincrasia venezolana, su capacidad de lucha y su ansia de libertad.



El alzamiento de los esclavos negros



En esa misma época tuvo lugar la primera rebelión de esclavos negros, cuyo origen también fue la explotación de una mina de oro, en otra región de Venezuela, actualmente Yaracuy.

Al principio de la ocupación de América, el tráfico de negros esclavos era realizado por particulares europeos, como los Welser, para trabajar en las minas de oro y plata. Posteriormente, quedó en manos de empresas especializadas en estos menesteres, como la Compañía Guipuzcoana. La casta “baxa y servil” era trasladada a las plantaciones de cacao y otros rubros agrícolas.

Desde los primeros años se produjeron alzamientos de esclavos negros, los cuales motivaron distintas disposiciones complementarias a las Leyes de Indias: “Que no se ejecute en los negros que se alzaren la pena usada consistente en cortarle sus miembros genitales, y que por la audiencia de tierra firme y el obispo se ordene qué clase de pena debe darse a tal delito; Madrid, 15 de abril de 1540”.

Una de las rebeliones más reseñadas en Venezuela tuvo como escenario las minas de Buría, actual estado Yaracuy en el año 1553 y fue liderada por el Negro Miguel, personaje cuya fama se extendió por toda la comarca, lo que explica que se sumaron a su rebelión más de 180 negros e indígenas trabajadores de las minas, con los cuales se internó montaña adentro para conformar un territorio libre de explotación y servidumbre.

Luego de su célebre ataque a la población de Nueva Segovia, actualmente Barquisimeto, en ese mismo año, un regimiento comandado por Diego de Losada salió en su persecución hasta que le dio captura y muerte. Otras rebeliones de esclavos negros siguieron al levantamiento del Negro Miguel en distintas regiones del país. Quizás la más famosa fue la del zambo Andresote (Andrés López del Rosario), doscientos años después, quien dirigió un levantamiento popular contra la Compañía Guipuzcoana, al que se unieron productores criollos asfixiados por el monopolio de dicha compañía.



Rebeliones preindependentistas



La rebelión del zambo Andresote



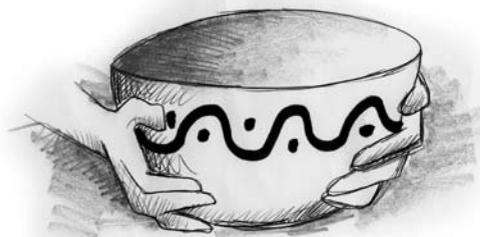
Durante la primera mitad del siglo XVIII, la Compañía Guipuzcoana instaló una factoría en la región de Yaracuy, reforzando su dominio sobre el comercio del cacao y arruinando así a los pequeños productores y negociantes de la comarca. Varios de ellos se unieron entonces a la rebelión de negros, zambos e indios que a su vez habían establecido una alianza estratégica con los contrabandistas holandeses.

Tres diferentes sectores sociales, por distintas razones, se unieron ante un enemigo común: el primero y más numeroso (indios, zambos y negros), por el maltrato y la explotación a que los tenía sometidos la compañía Guipuzcoana; el segundo (los productores de la región) por la ruina a que los condenaba el monopolio de la compañía, y el tercero (los comerciantes nacionales y extranjeros) por obtener insumos para alimentar su comercio que prohibía y perseguía la compañía.

Tres años, entre 1730 y 1733, duró el enfrentamiento entre el gobierno y las autoridades locales al servicio de la Guipuzcoana

y los rebeldes encabezados por Juan Andrés López del Rosario, más conocido como el zambo Andresote.

Finalmente, la Iglesia católica medió para lograr un acuerdo, basado en un indulto a los rebeldes que se convirtieran y se entregaran al gobernador. Al no cumplir este último con el indulto, la mayoría de los alzados que se habían entregado volvieron a huir hacia el Orinoco.



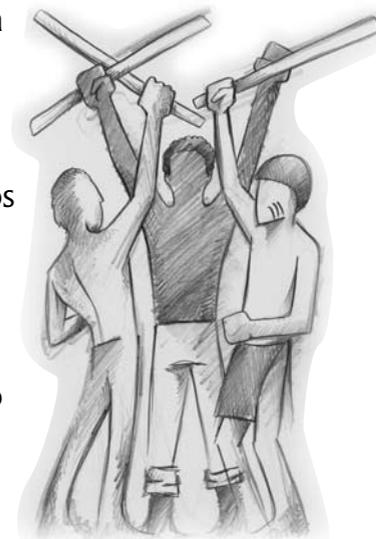
San Felipe, rebelde y conspirativo

Pocos años después, en 1740, en la misma región de Yaracuy y por los mismos motivos socioeconómicos hubo otro levantamiento contra España y sus representantes en Venezuela, protagonizado en este caso por los habitantes de la ciudad de San Felipe, blancos criollos y pardos, contra la Compañía Guipuzcoana y las nuevas autoridades nombradas para defender sus intereses.

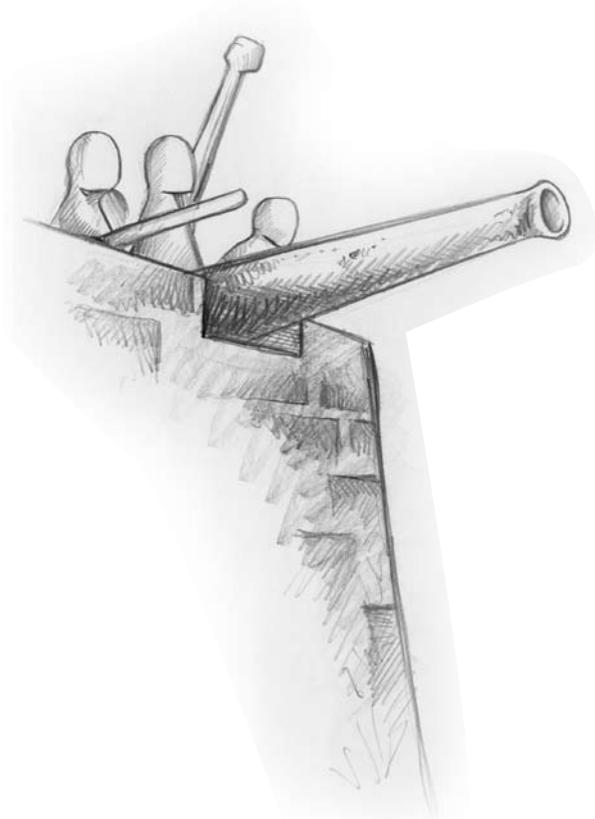
El nuevo mandatario de la puso especial énfasis en la represión de todo comercio que no fuese controlado por la Compañía Guipuzcoana.

Los rebeldes reclutaron soldados y acondicionaron viejos cañones que habían servido a la rebelión de Andresote, ante lo cual el gobernador Zuloaga declaró San Felipe “un pueblo rebelde sublevado y conspirativo contra los ministros de su Majestad y sin obediencia a ellos ni a la justicia”.

región



En 1741, se firmó la capitulación, los brotes de violencia fueron reprimidos, el Cabildo sublevado quedó suspendido y se dictaron medidas de confinamiento y el embargo de bienes.



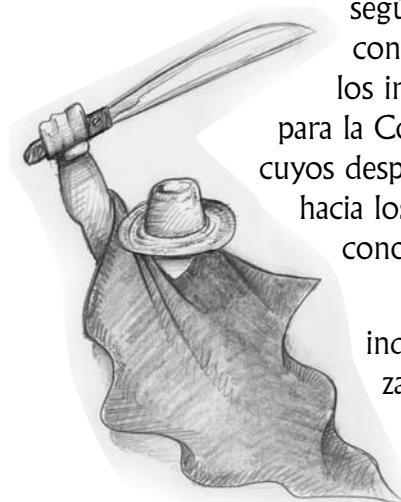
La sublevación de El Tocuyo

Enmarcada en la guerra entre España e Inglaterra por el dominio de los nuevos mercados, se gestó en la ciudad de El Tocuyo una sublevación popular contra la Corona española.

Ante los repetidos ataques de los barcos ingleses a los puertos de Venezuela, el gobernador Zuloaga ordenó que se movilizasen tropas de la ciudad de El Tocuyo para defender Puerto Cabello.

Soldados españoles y flecheros aborígenes fueron congregados en la plaza pública el 11 de mayo de 1744, cuando de pronto se elevaron voces de protesta entre los soldados que se negaban a marchar a Puerto Cabello, donde según ellos no los estaban convocando para combatir a los ingleses, sino para trabajar para la Compañía Guipuzcoana, cuyos desprecios y malos tratos hacia los locales eran ampliamente conocidos.

Los amotinados, mulatos, indios, mestizos, negros, zambos y criollos, atacaron

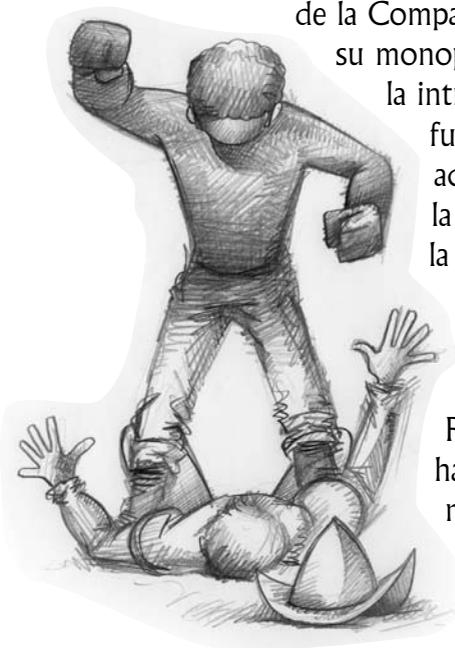


los cuarteles, se apoderaron de las armas y ocuparon militarmente la ciudad, manteniendo bajo vigilancia a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas. El gobernador no podía mandar la tropa “porque una acción armada dejaría desprotegida las principales plazas de la provincia”, escribía Zuloaga al Rey.

Once meses duró esa rebelión en la que confluían varios elementos que más tarde desembocarían en las guerras de independencia, fomentados por la suma de privilegios que la Corona otorgaba a los españoles, en desmedro de los criollos.

Por las mismas causas, contra los privilegios de la Compañía Guipuzcoana, su monopolio comercial y la intromisión de sus funcionarios en las actividades políticas de la provincia, se sublevó la población de Barlovento en 1750.

La rebelión fue encabezada por Juan Francisco de León, un hacendado que logró reunir a más de 6.000 hombres en armas que marcharon a



Caracas. Luego de obtener satisfacción a algunas demandas que mermaban el poder absoluto de la compañía, los hacendados se desmovilizaron y regresaron a Barlovento.

Pocos meses después, la Compañía Guipuzcoana logró que el Rey sustituyera al gobernador por un partidario de ellos, Felipe Ricardos, que llegó a Caracas a mediados de 1751 y de inmediato restableció los anteriores abusos de la Compañía y comenzó a perseguir a los alzados. Antonio Arellano Moreno da cuenta de ese episodio: “(el gobernador Ricardos) tenía afinidad con los conservadores y con los intereses de la Compañía hasta tal punto de poner precio a la cabeza del líder y sembrar el terror por todos lados”.

La mayoría de los hacendados se sometieron al dictamen del Rey y abandonaron a Juan Francisco de León, quien fue capturado junto a su hijo y enviado prisionero a España.



Los comuneros de Mérida

Tres décadas después, esta vez en Mérida, se produjo otra insurrección popular contra el dominio español, siempre por la misma causa: la aplicación de medidas que fortalecían el poder político y la extracción de mayores excedentes económicos por parte de la monarquía española.

La rebelión de los comuneros agrupó, como en anteriores ocasiones, a sectores acaudalados, pequeños propietarios y jornaleros, artesanos y trabajadores de pocos recursos económicos. Luego de ocupar varias poblaciones como La Grita, Bailadores, Lagunillas, entre otras, el 28 de julio de 1781 entran en Mérida donde son aclamados por casi todos los habitantes de la ciudad.

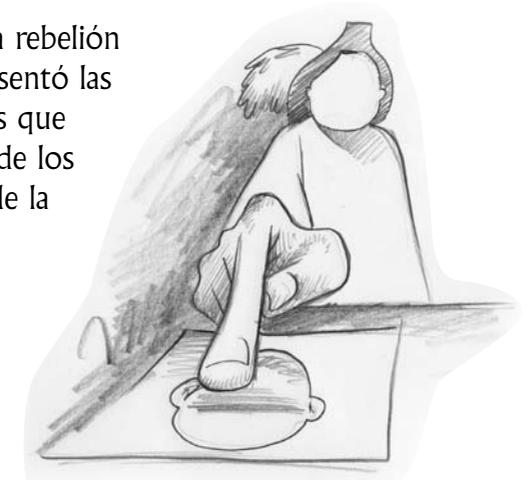
En su ruta hacia Caracas, se apoderan de Timotes, desde donde envían un mensaje al ayuntamiento de Trujillo explicándoles su voluntad de incorporarlos al movimiento. A diferencia del apoyo que recibieron de los sectores populares trujillanos, los ricos hacendados se opusieron y “sin pérdida de tiempo presionaron al Ayuntamiento a adoptar

medidas y, deseosos de robustecer y ameritar su lealtad al Rey, organizaron la resistencia contra los que avanzaban desde Mérida”, según comentó Carlos Muñoz Oraá.

Pese a la aparición en Caracas de impresos en apoyo al movimiento, éste empieza a resquebrajarse por la amenaza que significaba el envío de tropas desde Maracaibo. A los pocos meses, varios dirigentes habían desertado y el desconcierto reinaba en las filas insurrectas, ante la propuesta del gobernador de Maracaibo de interceder a favor de aquellos que depusiesen las armas.

La derrota de las revueltas en Perú y en Nueva Granada termina por liquidar el movimiento en Venezuela. A mediados del año 1782, son detenidos en su totalidad los jefes comuneros.

Sin embargo, la rebelión de los comuneros sentó las bases anticoloniales que recogerían más tarde los grandes próceres de la independencia.



José Leonardo Chirino, una vida por la libertad

En la serranía de Coro, en 1795, volvió a rebelarse el pueblo contra la tiranía española y la estructura social impuesta por ésta en Venezuela.

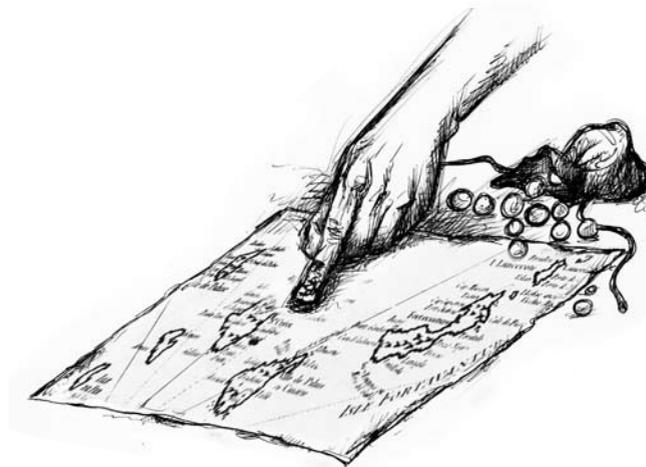
Las distintas condiciones sociales de negros y aborígenes, esclavos o tributarios, exentos o libres, las disposiciones reales relativas a la esclavitud y los ecos de la Revolución Francesa fueron motivo de la sublevación dirigida por el zambo José Leonardo Chirino, quien además había acompañado a su señor a Haití, donde los negros se habían sublevado para hacer respetar sus derechos.

En mayo de 1795, los sublevados ocuparon las primeras haciendas, incendiaron las casas y mataron a los propietarios. Luego de llamar a levantarse a otros negros e indígenas de la región, decidieron atacar la ciudad de Coro, donde



encontraron una férrea resistencia de la milicia blanca organizada por sus habitantes.

Derrotados, los insurrectos pagaron con su muerte la osadía de haber peleado por su libertad y contra una política de impuestos injusta para los pobladores de la zona. La persecución contra Chirino y los sobrevivientes del levantamiento fue atroz: todos los que fueron capturados fueron asesinados, incluyéndolo a él.



Primer movimiento independentista y antimonárquico

La insurrección encabezada por Manuel Gual y José María España, con la colaboración determinante de Juan Bautista Picornell, desterrado y preso en La Guaira por su participación en el levantamiento republicano de San Blas, en España, fue el primer movimiento independentista y declaradamente antimonárquico.

Valores como la igualdad, la libertad, la propiedad y la seguridad se sumaban a la razón y la virtud como fundamentos ideológicos de un movimiento insurreccional por el establecimiento de una república y la abolición de la esclavitud.

En una primera etapa del alzamiento, los revolucionarios lograron liberar a Picornell y otros presos españoles encarcelados en La Guaira, los cuales huyeron a la isla de Guadalupe, donde reprodujeron miles de ejemplares de los Derechos del Hombre y de la Canción Americana.

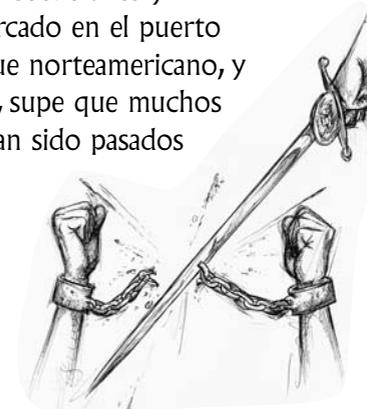
Entretanto, Gual, España y otros rebeldes conspiraban en La Guaira y en Caracas, abogando por la libertad de comercio, la igualdad de razas y la exención de algunos impuestos. Sin embargo,

la falta de experiencia los llevó a cometer errores de discreción y la información llegó a oídos del gobernador y capitán general, quien puso precio por la captura de los cabecillas de la insurrección.

Al ser detenido José María España, éste fue el dictamen del tribunal español: "... (que) sea sacado de la cárcel, arrastrado de la cola de una bestia de albarda y conducido a la horca, que muerto naturalmente en ella por mano del verdugo, le sea cortada la cabeza y descuartizado...".

Manuel Gual logró salir del país para buscar apoyo y retomar el movimiento, pero murió envenenado en la isla de Trinidad el 25 de septiembre de 1800. También Simón Rodríguez tuvo que abandonar el país:

Yo era presidente de una junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor y hechos blanco de las iras del capitán general, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, porque ya embarcado en el puerto de La Guaira en un buque norteamericano, y antes de darnos a la vela, supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas sin juicio previo y sin capilla.



Maracaibo, independencia frustrada

La sublevación de Maracaibo en 1799 presentó la novedad de buscar la creación de una república independiente, para poder negociar su importante producción local con los comerciantes que llegaban a su puerto, además de reivindicar a los pardos respecto a los blancos criollos y los españoles. Tampoco estaban ausentes los ideales de igualdad y libertad de la Revolución Francesa.

Algunas embarcaciones europeas, en particular francesas, se unieron a la conspiración para eludir el monopolio económico impuesto por el Rey. Sin embargo, el principal líder de la revuelta, Francisco Javier Pirela fue delatado por el cabo Ochoa antes de iniciarse la insurrección y detenido por las autoridades.

Ante la amenaza de ser ejecutado, Pirela acusó a sus compañeros y reveló los detalles del plan. Esa misma noche el gobernador mandó a arrestar a todos los conjurados y a tomar por asalto los barcos cómplices, abortando así una sublevación antes de que ésta se produjese.

Francisco de Miranda, protolíder de la independencia

La causa de la liberación de las colonias de América, y principalmente Venezuela, llevó a Francisco de Miranda a recorrer varios países de Europa en busca de apoyo. Sin embargo, es en Estados Unidos donde logró, a fines de 1805, organizar una expedición a bordo del barco Leander, con una tripulación de estudiantes voluntarios y marineros desocupados, además de algunos oficiales comprometidos con la causa.



El 2 de febrero de 1806, el Leander zarpó del puerto de Nueva York con 200 hombres a bordo, y el 19 llegó a Haití, donde se unieron a ellos las goletas Bacchus y Bee. También en Haití, Miranda izó la primera bandera tricolor.

La expedición salió de Haití el 27 de marzo y el 28 de abril topó combate con dos buques españoles frente a la costa de Ocumare, en Venezuela. Las dos goletas fueron capturadas con sus respectivas tripulaciones. De los 60 prisioneros, diez oficiales fueron ahorcados.

Luego de ese primer fracaso, Miranda volvió a buscar apoyo en las islas del Caribe para reintentar un desembarco en Venezuela. Consiguió ayuda suficiente para constituir una flota de cinco bergantines, tres cañoneras y dos barcos mercantes, con 400 hombres, que sin embargo el mismo Miranda consideraba insuficiente: “está muy lejos de alcanzar los medios necesarios para una empresa tan importante como la que vamos a iniciar...”.

Contando con el apoyo que recibiría al desembarcar en tierra firme, zarparon a fines de julio desde Trinidad con destino a Venezuela. El 3 de agosto ocuparon La Vela de Coro y el 4 la ciudad de Coro, donde izaron la bandera y, llamando a la independencia, repartieron las proclamas impresas en la imprenta que Miranda trajo en el Leander.

De inmediato, decretó la suspensión de sus funciones a todos los empleados nombrados por Madrid y mandó a los cabildos a ejercer las funciones de gobierno. Estableció la obligatoriedad del alistamiento con las armas

que pudiesen aportar y culpó de traición a todo aquel que se mantuviese fiel al gobierno español.

Los pobladores de Coro no mostraron interés por la propuesta de libertad, igualdad y fraternidad; la Iglesia atacó duramente al “enemigo de la patria” y los mantuanos pusieron precio a la cabeza de “el traidor Miranda”. Todo esto, aunado a un buen manejo de la situación por parte de las autoridades del Imperio, en particular el bloqueo, determinó el fracaso de la expedición.

Todavía no se daban las condiciones para la lucha de independencia. La mayoría de los movimientos sociales anteriores tenían un carácter económico, no contra la autoridad del Rey.



La rebelión de los mantuanos

La invasión de España por Napoleón en 1808 y las otras guerras napoleónicas provocaron una crisis económica en Europa que tuvo consecuencias inmediatas en las provincias americanas. Los productores de Venezuela no escaparon a las dificultades para mercadear sus productos en Europa.

Ese mismo año llegó a Caracas un emisario de las nuevas autoridades españolas para exigirle al Capitán General que proclamase rey de España a José Bonaparte. La ciudadanía reaccionó llamando a una movilización general en respaldo a los derechos de Fernando VII.

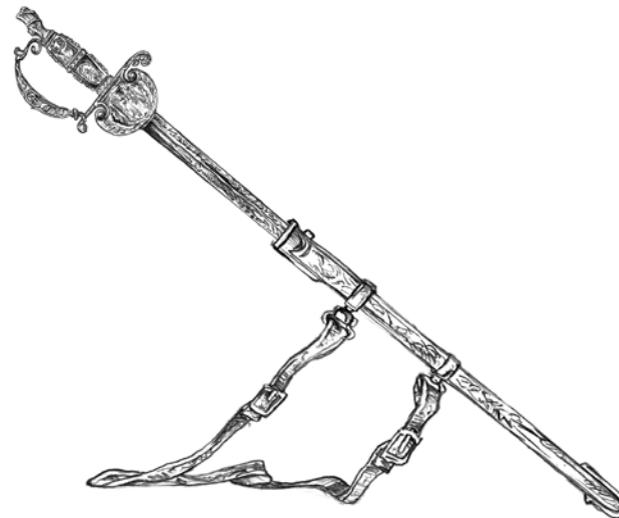
El teniente Paúl Lamanon, enviado por el nuevo rey de España, afirmó que “el pueblo está en plena revuelta. Más de diez mil sediciosos corren por las calles”.

El Cabildo abierto iniciado el 15 de julio de 1808 dictó una resolución de obediencia a Fernando VII y propuso la creación de una junta, “...cuya misión era ratificar la lealtad y obediencia al rey Fernando...”, similar a las

juntas de resistencia que se constituyeron en España contra el invasor francés.

Esta junta, conformada por la aristocracia criolla, tenía la pretensión de conducir los destinos de la provincia, pero fue víctima de la intransigencia del Capitán General de Venezuela, que ordenó el encarcelamiento de todos los mantuanos firmantes.

En esta junta participó el joven Bolívar, entre otros patriotas que posteriormente dirigirían la lucha por la independencia.



La Independencia



La Independencia



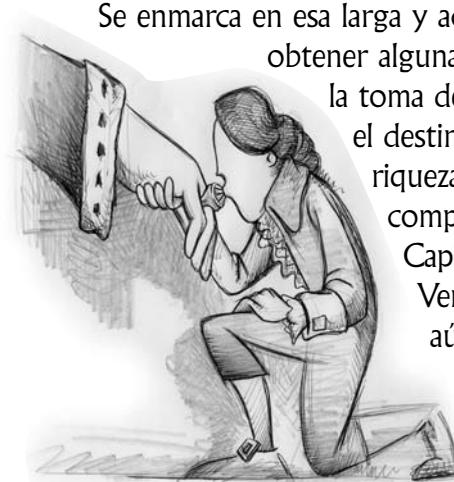
Primera república

El siglo XVIII fue testigo de sucesivas demostraciones de resistencia por parte de los venezolanos a las imposiciones de la monarquía española, en lo económico, social y político. Pese a que no objetaban la lealtad al rey de España, fueron reprimidas con la misma brutalidad que las rebeliones antimonárquicas de Miranda, Gual y España.

El rechazo que el 19 de abril de 1810 manifiesta el pueblo y su cabildo hacia el gobernador Vicente Emparan, enviado por José Bonaparte, nuevo rey de España, no es una excepción en ese sentido. Se enmarca en esa larga y accidentada lucha por obtener alguna participación en

la toma de decisiones sobre el destino del pueblo y las riquezas del territorio comprendido en la

Capitanía General de Venezuela, sin plantearse aún la independencia de España.

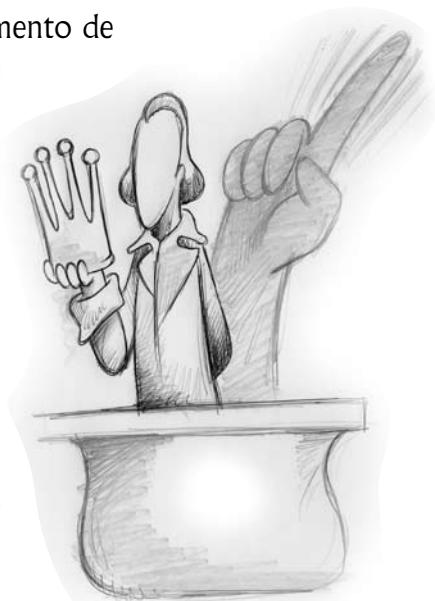


El acta redactada ese día, que estipula el establecimiento de un nuevo gobierno, repudia a la Corona de facto, pero reivindica a Fernando VII como rey legítimo de esta provincia. El concepto de independencia queda entonces soterrado bajo el repudio a un rey usurpador, pero jurando lealtad al rey Fernando VII, considerado rey legítimo de la provincia de Venezuela.

Fue necesario que se impusiesen líderes con mayor visión de futuro, con ideas republicanas inspiradas en la Revolución Francesa y que transcurriese un año más de debates, proclamas y movilizaciones de oposición al despotismo del imperio, para que finalmente, el 5 de julio de 1811, siete provincias de la Capitanía General de Venezuela firmasen un documento de declaración de independencia de España y declarasen a Venezuela libre y soberana.

Sólo EE.UU. (1776) y Haití (1804) le habían arrancado su independencia a sus respectivos imperios. Los venezolanos fueron los primeros en hacerlo ante el imperio español.

Pero no todos los sectores sociales abrazaron



la causa revolucionaria y sus medidas tan audaces. El sector beneficiado económica y socialmente por la monarquía manifestó su sumisión a Fernando VII y se declaró en rebeldía en distintas ciudades del país, por temor a perder sus privilegios.

La mayoría de los levantamientos fueron rápidamente sofocados, como en Los Teques, pero en Valencia se tomaron los cuarteles. Las nuevas autoridades tuvieron que enviar un ejército bajo el mando de Francisco de Miranda y oficiales como el entonces coronel Simón Bolívar y el muy joven oficial Antonio José de Sucre, quienes lograron la victoria luego de una ardua lucha.

España no estaba dispuesta a perder lo que consideraba sus dominios. A mediados de 1812, las tropas realistas iniciaron una contraofensiva bajo el mando de Domingo de Monteverde, quien logró recuperar varias ciudades y avanzar hasta las puertas de Caracas. El general Miranda, responsable de la defensa de la capital, acordó entregar las armas a cambio de inmunidad para las personas y los bienes.

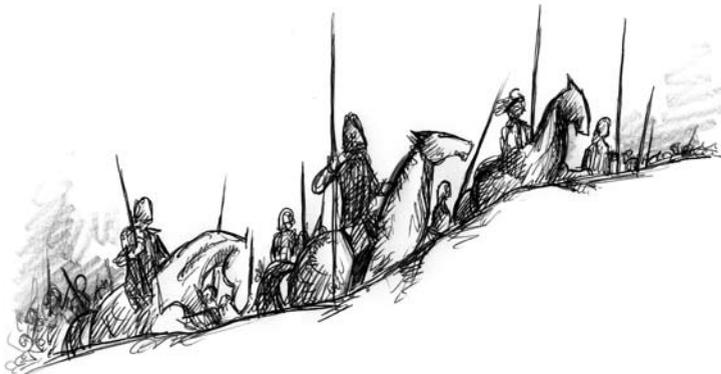
Esta derrota marcó el fin de la primera república. Pocos días después Miranda fue apresado por sus propios compañeros, que consideraron una traición la rendición de Caracas y fue entregado a las tropas españolas.



Segunda república

Luego de la derrota de la primera república, Bolívar se exiló en Nueva Granada, donde organizó un ejército de voluntarios para liberar a Venezuela. Junto a otros oficiales patriotas, como Ribas y Girardot, a principios de 1813 inició la marcha contra el ejército de Monteverde que se disponía a invadir el virreinato de la Nueva Granada. Venció en la batalla de Ocaña y de Cúcuta, y el 14 de mayo de 1813 ocupó el poblado de La Grita en lo que actualmente es el estado Táchira. Siguió muchas batallas memorables: Niquitao, Los Horcones, entre otras, hasta que el 6 de agosto de 1813 el ejército libertador entró triunfalmente en Caracas, culminando así la Campaña Admirable.

Paralelamente a la ofensiva proveniente de Nueva Granada encabezada por Bolívar, al Oriente del país, el general Santiago Mariño levantó un modesto ejército que venció a los realistas en Maturín y avanzó hacia Caracas, arrasando con las guarniciones españolas.



El 3 de agosto de 1813 entró en Cumaná y el 19, en Barcelona, consolidando con esas victorias la segunda república.



No obstante el progreso que significa la república para las capas sociales más desfavorecidas, a principio de 1814, José Tomás Boves logra levantar a los llaneros contra el gobierno revolucionario, aduciendo que Bolívar pretendía instaurar una república de blancos y que el rey de España había prometido la libertad de los esclavos.

El éxito de la campaña de Boves, la derrota y muerte de Ribas, Girardot, Ricaurte, la caída de Caracas y el posterior exilio de Bolívar a Jamaica, marcaron el declive de la segunda república, que terminó de desplomarse en diciembre de 1814 cuando los patriotas fueron derrotados en la batalla de Maturín.

Tercera república

Tres frentes de batalla se abren en 1815 por recobrar la independencia de Venezuela.

En la región de los Llanos, José Antonio Páez, al frente de un ejército de pardos, mestizos y negros, logra arrebatarse a las tropas realistas los territorios de Apure, Cojedes y Guárico.

Bolívar, que se encontraba refugiado en Las Antillas, obtiene el apoyo del presidente Alexandre Petión de Haití para retomar la lucha por la independencia americana, con la única condición de decretar la abolición de la esclavitud en América.

Manuel Piar, por su parte, realiza la gloriosa campaña de Guayana en la que los republicanos expulsan a los realistas y liberan una región rica en recursos naturales y facilidades de comunicación que serviría de base para lanzar futuras campañas a otras regiones del país.

La guerra a muerte por la independencia se prolonga con su reguero de sangre y dolor.

En febrero de 1819, el Congreso de Angostura decreta la creación de la República de Colombia (territorio comprendido en la Capitanía General de Venezuela, el Virreinato de Nueva Granada y la Real Audiencia de Quito). Bolívar lanza entonces la Campaña Libertadora de Nueva Granada, que culminaría el 7 de agosto con el triunfo en la Batalla de



Boyacá y la entrada a Bogotá, dando nacimiento a la República de Colombia de la unión de Venezuela y Nueva Granada.

Es la instauración de la tercera república. Sólo Maracaibo y Coro permanecen realistas.

Los españoles no se daban por vencidos. El Rey designa al general Morillo jefe de una expedición “pacificadora” que constaba de sesenta barcos principales y 15.000 hombres.

Al tiempo que organizaba sus fuerzas, el general solicitó entablar negociaciones de paz con los patriotas “para terminar una guerra que arruinaba ambas Españas”. El 27 de noviembre de 1820 en la localidad de Santa Ana de Trujillo, Bolívar y Morillo firmaron el “Tratado de Regularización de la Guerra” (redactado por Sucre) que condujo a un armisticio por seis meses y marcó el fin de la Guerra a Muerte iniciada en 1813.

Mientras Bolívar se refería a ese tratado como “el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra”, el rey de España le reclamaba a Morillo: “Explíqueme cómo es que usted, que



triunfó contra los franceses, contra las tropas de Napoleón Bonaparte, llega aquí derrotado por unos salvajes”.

Pocos meses después, al expirar el armisticio, el ejército español era derrotado por las tropas comandadas por Bolívar el 24 de junio de 1821 en la batalla de Carabobo. Caracas y el resto del territorio que aún permanecía en poder de los realistas quedaban definitivamente liberados.

Aquello permitió al Libertador iniciar las campañas del Sur, para liberar otras naciones, dejando que sus lugartenientes acabaran las

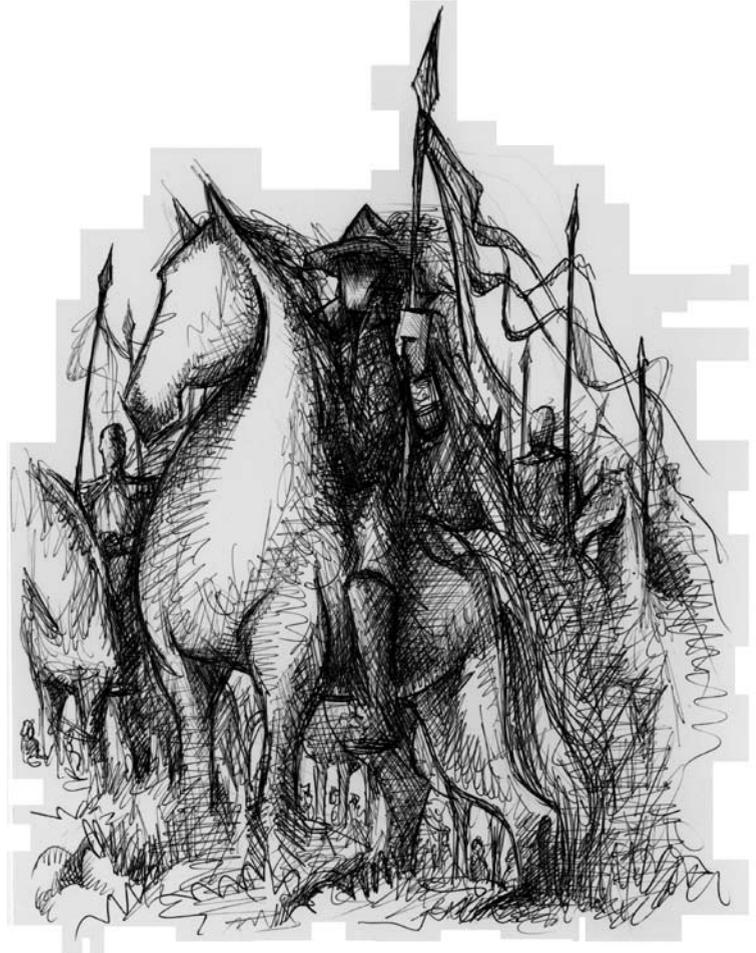


luchas en Venezuela, en particular con la batalla naval del Lago de Maracaibo y la toma del Castillo San Felipe de Puerto Cabello.

La lucha emprendida por nuestros libertadores continúa.



La oligarquía y sus caudillos

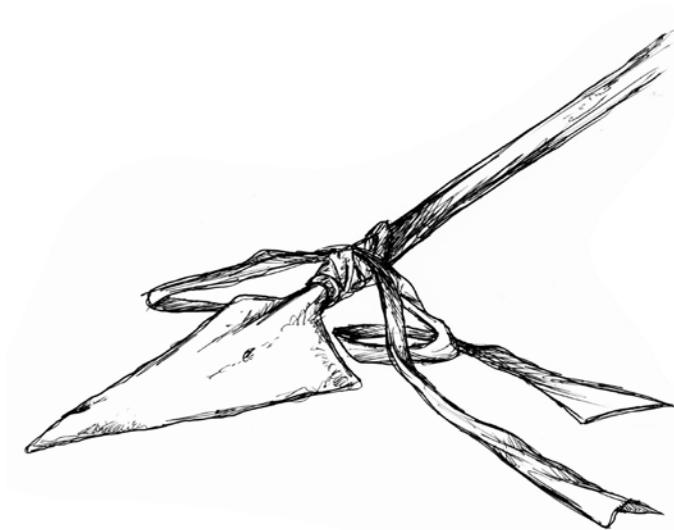


Siglo XIX y principios del XX

La oligarquía criolla toma el poder

La disolución definitiva de la Gran Colombia en 1830, producto de los intereses mezquinos de la oligarquía venezolana y de la ambición de caudillos como José Antonio Páez y políticos como Francisco de Paula Santander, frustró el proyecto bolivariano de crear una nación grande, rica y poderosa que hubiese podido enfrentar la ofensiva imperialista de los países del norte.

El asesinato del mariscal Sucre ese mismo año dejó a Quito en manos de militares y la muerte de Bolívar significó la desaparición del más ferviente defensor de la



unidad, a la vez que privó a Venezuela de la única fuerza que podía salvarla de las luchas internas por el poder que la desangrarían en las próximas décadas.

Ese mismo año 1830, las clases sociales poderosas nombraron presidentes, en Colombia a Francisco de Paula Santander, y en Venezuela a José Antonio Páez.

El general Páez ejerció el poder durante dos décadas, incluyendo el breve paréntesis en que José María Vargas fue elegido presidente por los mismos terratenientes, comerciantes y usureros que representaba Páez.

Liberales y conservadores, centralistas y federalistas, supuestamente enemigos, se repartían las tierras, las exportaciones e importaciones y compartían la indiferencia por la condición social y económica de la gran mayoría de la población, los pobres del campo y de la ciudad.

La política económica de los sucesivos gobiernos de Páez tuvo una orientación liberal, al servicio del modernismo que requerían los acaudalados dueños del país. Suprimió el monopolio del tabaco, creó los primeros bancos, promovió la inmigración europea,



adjudicó terrenos baldíos para desarrollo agrícola, aprobó leyes que facilitaban el embargo de propiedades hipotecadas, promulgó códigos policiales para la represión de los campesinos, aprobó la ley “de azotes” y adaptó la esclavitud a la nueva realidad socioeconómica, prolongando el período en que los manumisos dependían de sus amos hasta los 25 años en lugar de los 18 previstos originalmente.

El turno de la oligarquía liberal

Los gobiernos presididos por los hermanos Monagas en la década de los cincuenta no se diferenciaron sustancialmente de aquellos presididos por Páez en las dos décadas anteriores de ese siglo XIX. Si este último beneficiaba a una “oligarquía conservadora”, José Tadeo y José Gregorio Monagas favorecieron a la “oligarquía liberal”, los mismos terratenientes y la misma burguesía comercial.

La adjudicación de terrenos baldíos, supuestamente para el desarrollo agrícola, siguió incrementando desmesuradamente el latifundio.



El General del Pueblo Soberano

Sólo el movimiento campesino conducido por Ezequiel Zamora representó otros intereses diferentes al de los mantuanos. El General del Pueblo Soberano fue el único entre todos los políticos que defendió “el respeto a los campesinos” y declaró “la desaparición de los godos”.

Ezequiel Zamora se levantó en armas en septiembre de 1846 al grito de “tierra y hombres libres”, y desde entonces no dejó de combatir a los enemigos del pueblo, los Páez, los Monagas, los Gual, los Tovar, hasta su asesinato en 1860, traicionado por Falcón y Guzmán Blanco, otros ilustres presidentes que sólo se ocuparon de preservar los privilegios heredados de la Colonia.

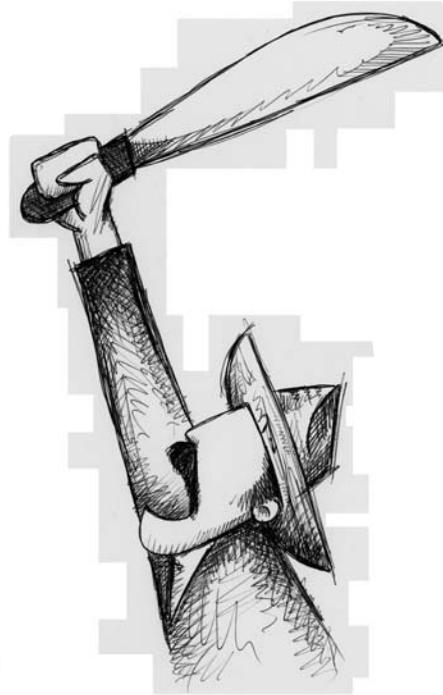


Guerra Federal, lucha de caudillos

La Guerra Federal (1859-1863) no fue la expresión de intereses de clase antagónicos, sino de intereses particulares de caudillos y camarillas políticas. Como expresó el general Arismendi en 1864: "Luchamos cinco años para sustituir ladrones por ladrones y tiranos por tiranos".

El asesinato de Ezequiel Zamora impidió que los ejércitos federales se convirtiesen en la vanguardia de un amplio movimiento campesino que exigía la redistribución de la tierra.

El triunfo de los federalistas, el Pacto de Coche y la elección de Falcón a la presidencia de la República, en 1864, significaron la permanencia en el poder de los grandes hacendados, con la presencia



de caudillos militares surgidos en la guerra, la mayoría sin muchos principios éticos ni ideología alguna.

Se abre un período de inestabilidad política con exabruptos como la Revolución Azul, el fugaz regreso de José Tadeo Monagas, la huida del país del presidente electo Juan Crisóstomo Falcón y la desorganización y la debilidad del gobierno.

Guzmán Blanco

El orden regresa en 1870 cuando Guzmán Blanco se instala en el poder y aglutina en torno a su política de modernización del país a los distintos sectores sociales poderosos y acaudalados, terratenientes, caudillos, comerciantes y banqueros. Se inicia un período de adaptación del aparato del Estado y mejoramiento de las vías de comunicación que dura dos décadas y acompañan las reformas liberales en la agricultura y las exportaciones.

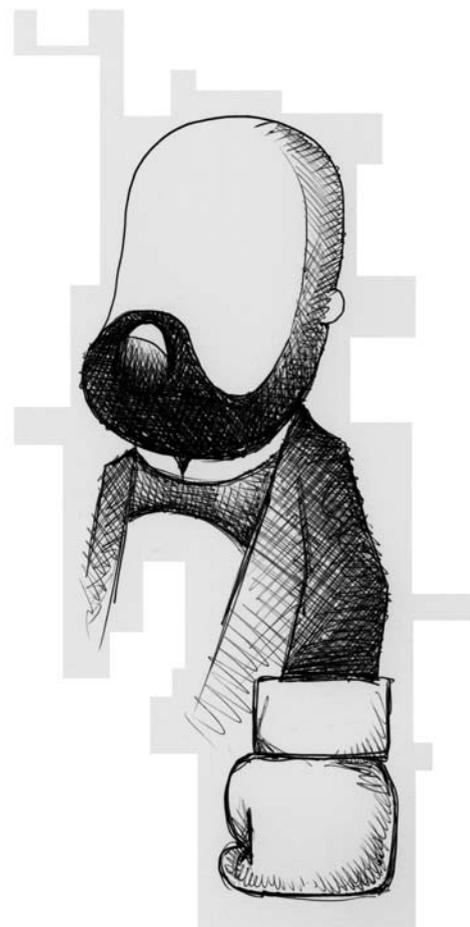
Antonio Guzmán Blanco instaura un régimen autoritario y centralista que decreta la educación primaria gratuita y obligatoria, unifica el sistema monetario nacional y establece la primacía del poder civil sobre el eclesiástico.

El enfrentamiento con la Iglesia fue inevitable. El proceso de modernización implicaba necesariamente recortarle ciertas atribuciones al clero: la abolición de los censos eclesiásticos mediante la creación del registro civil que despojó a la Iglesia del control de nacimientos, matrimonios y defunciones desató el conflicto.

La construcción del ferrocarril se prestó para innumerables negocios con firmas extranjeras,

lo que se tradujo en una enorme deuda para la Nación, sin ofrecer mejoras en el sistema de transporte dada la falta de planificación.

El siglo culminó en rivalidades y corrupción, personajes mediocres y caudillos ambiciosos.



La Revolución Liberal Restauradora de Cipriano Castro

Al entrar en Caracas el 22 de octubre de 1899 a la cabeza de la denominada Revolución Liberal Restauradora, Cipriano Castro puso fin a las últimas guerras de caudillos. Asumió de inmediato la presidencia y nombró vicepresidente a Juan Vicente Gómez, quien lo había acompañado durante la campaña contra Andrade.

La deuda excesiva contraída durante el gobierno de Guzmán Blanco y la baja en los precios de las exportaciones agrícolas obligó a Cipriano Castro a suspender temporalmente el pago de la deuda externa, lo que provocó una reacción desmesurada de las potencias extranjeras que bloquearon las costas venezolanas exigiendo el pago inmediato de todos los compromisos financieros, incluyendo los “daños y perjuicios sufridos por extranjeros residentes en el país con motivo de las guerras”.

El gobierno venezolano respondió que cancelaría las deudas de manera progresiva y denunció la política de dominación de las

potencias en detrimento de la soberanía y la estabilidad económica y política de los países pobres.

Paralelamente, un grupo de banqueros aliados con empresas transnacionales intentaron derrocar a Cipriano Castro, desencadenando una guerra civil que llamaron la Revolución Libertadora. El fracaso de ésta y las medidas que el Presidente adoptó contra algunas de las empresas extranjeras desembocó en la ruptura de relaciones con EE.UU. y algunos países europeos.

En 1908, Cipriano Castro tuvo que viajar a Europa por razones médicas, ocasión que aprovechó su compadre y aliado político, Juan Vicente Gómez, para dar un golpe de Estado y apoderarse del poder, que conservó hasta su muerte en 1935.

La larga dictadura gomecista

Durante la larga gestión de Juan Vicente Gómez, el petróleo reemplazó a la agricultura. Venezuela dejó de ser un país agrícola para transformarse en productor y exportador de petróleo.

El dictador otorgó concesiones petrolíferas a las compañías extranjeras y contó así con el apoyo de las grandes potencias que el presidente Cipriano Castro había enfrentado en defensa de una política nacionalista.

Durante su mandato, los países del norte llegaron a tener gran influencia en la vida nacional. Por medio de sobornos, donaciones y otros medios de corrupción, disponían del entorno del dictador, quien a su vez llegó a ser el mayor terrateniente del país. No obstante, la mayoría de sus



hatos y de las tierras de sus allegados se mantuvieron siempre ociosas.

El gobierno de Gómez se caracterizó por el nepotismo y el enriquecimiento del dictador y de sus allegados.

La dictadura del petróleo



Comienza la tiranía del petróleo

La segunda década del siglo XX está marcada en Venezuela por la aparición del petróleo, que rápidamente sustituyó a la agricultura en el primer lugar de las exportaciones del país, produciendo un giro definitivo en la economía venezolana y determinando así su estructura social, su vida política y sus relaciones internacionales.

El inicio de la explotación del petróleo se desarrolló durante el régimen de Juan Vicente Gómez, quien otorgó concesiones para su producción y exportación a diferentes compañías extranjeras en condiciones tan favorables para ellas que la explotación de ese recurso natural, propiedad de la nación, se transformó en un proceso descarado



de saqueo, con muy poco beneficio para la población del país, excepto para el dictador y sus acólitos que se enriquecieron sin miramientos.

Gómez concedió a las compañías extranjeras una favorable reducción de impuestos y la exoneración de derechos de importación de maquinarias y material industrial, al amparo de cuya ley las transnacionales ingresaron todo tipo de productos que inundaron el mercado venezolano.

Las empresas petroleras tuvieron en esa época una importante influencia en la vida nacional. Ministros, jefes civiles y demás funcionarios recibían donaciones, sobornos, comisiones y otros mecanismos de corrupción para mantenerlos a su servicio. Así impusieron un régimen propio para sus trabajadores, sin legislación laboral ni protección social y con una fuerte discriminación racial.

A cambio de esta política de complacencias, el dictador contó con el apoyo de Estados Unidos y las potencias europeas, contra quienes se había enfrentado Cipriano Castro y su política nacionalista.



Fin de la dictadura gomecista

Después de la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1935, el general Eleazar López Contreras, comandante en jefe del Ejército, asume la presidencia interina hasta el 25 de abril de 1936 cuando fue electo Presidente constitucional de la República.

López Contreras reprime una conspiración propiciada por los familiares de Gómez y adopta algunas medidas, como liberar a los presos políticos e instaurar la libertad de prensa, para distanciarse del amargo recuerdo de la dictadura.

No por eso dejó de ser un gobierno autoritario al servicio de la clase poderosa y en particular de los intereses de las transnacionales del petróleo representadas por el gobierno de EE.UU. Expulsó del país a sus principales opositores acusados de comunistas, entre ellos a Rómulo Betancourt, y reprimió la huelga nacional de los trabajadores petroleros y



otras protestas de empleados y obreros de las ciudades, como también de los campesinos sin tierra que exigían el fin del latifundio.

Modernizó el Estado y creó varios organismos, como el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, el Banco Central de Venezuela, el Instituto Pedagógico Nacional, el Ministerio de Agricultura y Cría, la Oficina Nacional del Trabajo, el Cuerpo de Bomberos de Caracas y la Guardia Nacional, además de algunos museos.

López Contreras también será recordado por haber firmado el Tratado de Delimitación de Fronteras con Colombia, que le costó a Venezuela la pérdida de unos 100.000 km².



Nace el movimiento sindical

En la década del 40 nació y se desarrolló el movimiento sindical, cuya lucha obtuvo resultados concretos: se dictaron leyes laborales como la fijación de un salario mínimo y la Ley del Seguro Social Obligatorio, además de la firma del primer contrato colectivo para la industria petrolera.

El gobierno de Isaías Medina Angarita, otro general elegido Presidente de la República en 1941, intentó detener el avance del movimiento obrero disolviendo 93 sindicatos y tres centrales obreras, pero más bien tuvo que legalizar al Partido Comunista y Acción Democrática, además de otros partidos como Copei y el PDV.

Esas contradicciones en la gestión de Medina Angarita también se manifestaron en la industria petrolera. En 1943, el Presidente aprobó la Ley de Hidrocarburos que significó un aumento de la participación



del Estado venezolano al 50% de los beneficios y la suspensión de las exoneraciones aduaneras.

La reacción no tardó: el 18 de octubre de 1945 es víctima de un golpe de Estado perpetrado por un grupo de militares encabezados por el general Marcos Pérez Jiménez y de civiles de Acción Democrática dirigidos por Rómulo Betancourt.



Democracia elegida y derrocada

Luego de un intervalo en que gobernó una Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Betancourt, fue elegido Presidente de Venezuela el escritor y político Rómulo Gallegos, el 15 de febrero de 1948, en las primeras elecciones en que el pueblo votó en una elección presidencial.

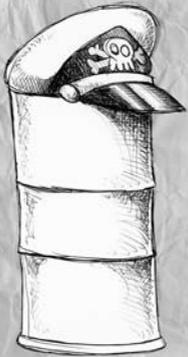
Pocos meses después fue derrocado por un golpe militar conducido por los mismos generales que destituyeron a Medina Angarita: Pérez Jiménez, Delgado Chalbaud y Llovera Páez.

Dictadura al servicio del imperio

Se inicia entonces una dictadura que durará diez años y que dominará Marcos Pérez Jiménez, luego del asesinato de Carlos Delgado Chalbaud y el posterior fraude electoral de 1952; un decenio de prisión para demócratas y revolucionarios, diez años oscuros de torturas, exilio y persecución.

Los medios de comunicación fueron silenciados, el Partido Comunista y Acción Democrática declarados ilegales, sus militantes perseguidos, los sindicatos disueltos y las huelgas y manifestaciones prohibidas.

Marcos Pérez Jiménez impuso un régimen dictatorial al servicio del imperialismo estadounidense, que le otorgó la “Legion of Merit”, la mayor condecoración concedida a un extranjero, en

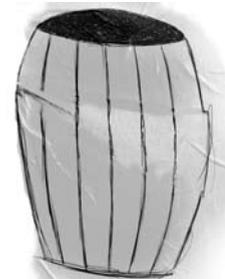


reconocimiento por los servicios prestados no sólo en el área energética, sino también en la lucha contra el comunismo.

Otra característica de ese período fue el alto desempleo y los salarios muy bajos, que contrastaban con las ganancias del capital. La mayoría de la población no se beneficiaba de la entrada de divisas que significaba la exportación del petróleo.

El pueblo organizado, sus partidos políticos y otras estructuras clandestinas resistieron durante todos los años que duró la dictadura. Hubo paros, huelgas y conspiraciones para derrocarlo. Circulaban documentos para organizar las luchas populares, incluyendo uno de la Iglesia que era leído en los templos en que se criticaba severamente la situación social en el país. Hasta sectores de las Fuerzas Armadas se sumaron al movimiento opositor.

Pese a la corrupción y el despilfarro en la administración pública, el gobierno de Pérez Jiménez será también recordado por las grandes obras de infraestructura pública que realizó: se construyeron varias carreteras y autopistas, la Ciudad Universitaria, el Centro Simón Bolívar, la planta siderúrgica del Orinoco, el puente sobre el lago Maracaibo, el Paseo de



Los Próceres, los bloques del Dos de Diciembre (hoy 23 de Enero) y muchas otras edificaciones que pusieron a Venezuela en la vanguardia arquitectónica y urbanística de la época.

También hubo un importante estímulo a la inmigración europea que modificó significativamente el tejido social venezolano.



Pueblo y militares recuperan la democracia

Sin embargo, el descontento siguió creciendo. El 1 de enero de 1958 estalló una rebelión en las Fuerzas Aéreas que, a pesar de fracasar, puso al descubierto una fisura en el Ejército que estimuló las manifestaciones callejeras que desafiaban a la Seguridad Nacional. Se desató una huelga en la prensa, que rápidamente desencadenó en huelga general convocada por la Junta Patriótica.

Se reunieron entonces los altos mandos militares y constituyeron una Junta Militar de Gobierno que le pidió la renuncia al dictador. Este último huyó del país hacia República Dominicana el 23 de enero de 1958. En su reemplazo fue constituida una Junta de Gobierno encabezada por el contraalmirante Wolfgang Larrazábal e integrada por militares que poco después, ante la protesta del pueblo, fue cambiada por civiles.

La democracia de *Punto Fijo*



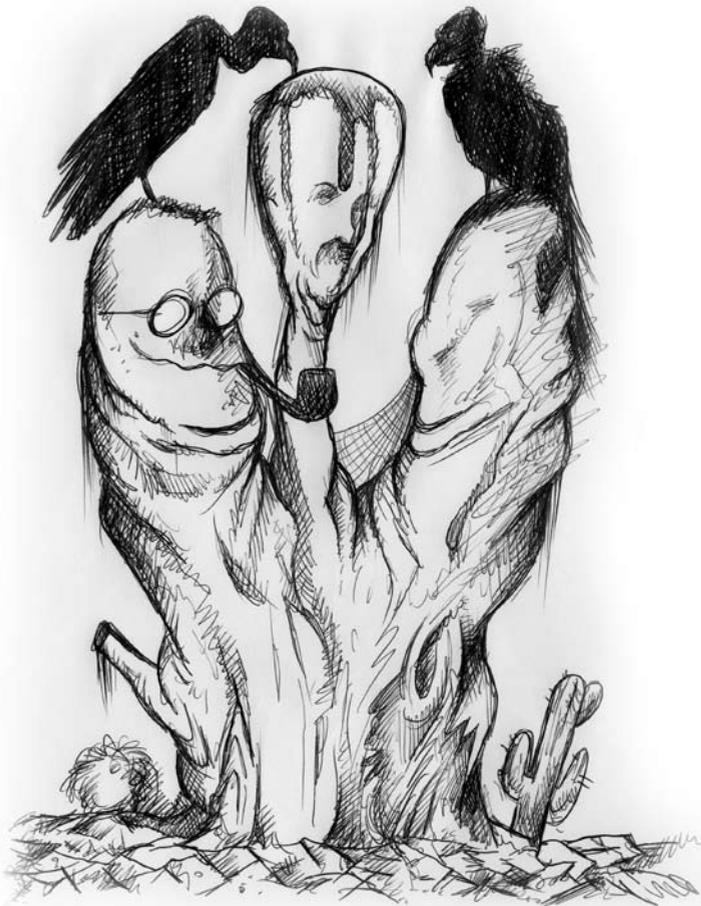
El comienzo de un pacto nefasto

La dictadura de Pérez Jiménez cae el 23 de enero de 1958. Una junta de gobierno presidida por el contraalmirante Wolfgang Larrazábal asume la dirección del país hasta las elecciones de diciembre de ese mismo año.

Durante ese interín, los partidos AD, Copei y URD firmaron el Pacto de Punto Fijo que excluía al Partido Comunista, pese a haber sido éste el principal opositor a la dictadura junto con Acción Democrática. Con la disculpa de proteger la estabilidad democrática, el pacto era en realidad una manera de conservar el poder en manos de la clase dominante y excluir de él a las fuerzas revolucionarias.

El 7 de diciembre de 1958 gana las elecciones Rómulo Betancourt, de Acción Democrática, y empieza un período de alternancia en el poder entre los dos partidos de derecha, representantes de los intereses estadounidenses y aquellos, coincidentes, de la burguesía nacional.

Durante los cuarenta años que duró ese período, entre 1958 y 1998, el movimiento popular sufrió una represión implacable, con miles de muertos, torturados y desaparecidos.



Manifestaciones de descontento en el país

El pueblo había derrocado la dictadura para no sufrir más atropellos e injusticias. La gente no estaba dispuesta a seguir padeciendo una política económica que se traducía en pobreza y desempleo. Por ese motivo, la clase trabajadora continuó su lucha contra las políticas implementadas por Rómulo Betancourt (1959-1964), como la reducción del presupuesto para el gasto social y la disminución del salario mínimo. Esos primeros años de democracia estuvieron marcados por las protestas estudiantiles y las huelgas de los trabajadores.

El descontento se extendió al interior del partido Acción Democrática y la directiva optó por expulsar a amplios sectores, mayoritariamente de la juventud, quienes conformaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).



Otras manifestaciones del descontento generalizado fueron las tres insurrecciones cívico-militares.

El 26 de junio de 1961, en la ciudad de Barcelona, se alzó un grupo de militares en coordinación con la Cámara Agrícola, en respuesta a las persecuciones, los allanamientos y las detenciones que efectuó la Digepol, conjuntamente con bandas armadas de Acción Democrática.

Pocos meses después, en mayo de 1962, en la ciudad de Carúpano, un batallón de infantería de Marina y un destacamento de la Guardia Nacional se levantaron apoyados por el Partido Comunista y otras organizaciones revolucionarias contra "...la traición al glorioso 23 de Enero, la implantación de un régimen de terror por Betancourt y su camarilla, la reiterada suspensión de garantías constitucionales, la farsa de la Reforma Agraria...".

Esta última insurrección fue seguida por el Porteñazo, un mes más tarde, donde se produjeron verdaderas batallas entre el pueblo y los militares de la Base Naval de Puerto Cabello, con un saldo de más de dos mil muertos y mil prisioneros.

El Gobierno suspendió las garantías constitucionales e inhabilitó a los partidos de

izquierda, quienes asumieron en consecuencia la lucha armada, inspirados en el triunfo de la Revolución cubana.

En 1963 se crean las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), el Frente de Liberación Nacional (FLN) y varios frentes guerrilleros en el interior del país.

Continuidad de los mismos métodos



y el mismo partido

El gobierno de Raúl Leoni (1964-1969) de Acción Democrática se caracterizó por una política de continuidad en relación al presidente saliente, miembro de su mismo partido. Durante su mandato se hicieron públicas las primeras denuncias de desaparecidos políticos, una técnica de represión que se masificaría en los años venideros.

Dos acontecimientos políticos simbolizan su gestión:

- El asesinato de Fabricio Ojeda, el 21 de junio de 1966, líder popular, comandante guerrillero y diputado que renunció a su cargo para sumarse a la lucha armada: "Venezuela necesita un cambio a fondo para recobrar su perfil de nación soberana, recuperar los medios de riqueza hoy en manos del capital extranjero y convertirlos en instrumento de progreso colectivo. Necesitamos un cambio a fondo para liberar al trabajador de la miseria, la ignorancia y la explotación".
- La segunda división importante de Acción Democrática. El sector de izquierda, encabezado por Luis Beltrán Prieto Figueroa y Jesús Ángel Paz

Galarraga, abandonaron el partido para fundar el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP).



El período de “pacificación”

Rafael Caldera (1969-1974) de Copei, el otro partido que firmó el Pacto de Punto Fijo (URD se retiró al inicio del gobierno de Betancourt), asume la presidencia en 1969 e inicia un proceso de “pacificación” con las organizaciones que preconizan la lucha armada contra el sistema capitalista, sin por eso dejar de reprimir el movimiento contestatario, clausurando, entre otras medidas autoritarias, las escuelas técnicas industriales y cerrando por dos años la Universidad Central de Venezuela, acusados de ser focos de propaganda castro-comunista.

El movimiento revolucionario asume un proceso autocrítico sobre la pertinencia de continuar la lucha armada, que puede sintetizarse en las directrices del llamado “Viraje táctico” avanzado por el PRV en agosto de 1969: “Se aprueba la línea del Viraje táctico, que consiste en la modificación a fondo de la línea política, organizativa, militar y de masas que venía aplicándose hasta entonces”. La lucha armada “no sólo marchaba con lentitud”, sino que seguía “desvinculada en lo fundamental del proceso de las luchas populares”.

Paralelamente, el Partido Comunista sufre una división al crearse el Movimiento al Socialismo (MAS), indicado como corriente socialdemócrata (1971).



La “nacionalización” de la industria petrolera

En 1973 es electo como presidente Carlos Andrés Pérez (1974-1979), quien fuera ministro del Interior del presidente Rómulo Betancourt durante los años oscuros de tortura y asesinato de opositores políticos.

Una de sus primeras y principales medidas estuvo orientada a salvar los intereses de las grandes transnacionales del petróleo con la mal llamada “nacionalización” de la industria petrolera.

En cumplimiento de la Ley de Reversión, en 1983 toda la industria petrolera debía pasar a manos de Venezuela sin tener que pagar por los bienes, instalaciones y equipos con que operaban las transnacionales.

Carlos Andrés Pérez decidió adelantar ese proceso en 1975 e indemnizar a las concesionarias por más de Bs. 4.300 millones, cantidad que superaba los beneficios que éstas hubieran alcanzado de continuar operando hasta 1983.

Durante su segundo mandato (1989-1993) le devolvió buena parte de la industria petrolera a las mismas compañías a través del proceso de “tercerización”.

Aumento de corrupción, deudas y dependencia neoliberal

Luis Herrera Campíns (1979-1984), de Copei, fue el siguiente presidente, responsable de la tristemente célebre masacre de Cantaura en la que murieron 23 guerrilleros. Luego de bombardear un campamento del Frente Guerrillero Américo Silva, el 4 de octubre de 1982, los organismos de seguridad del Estado remataron a los sobrevivientes heridos.

Pero Herrera Campíns también será recordado por su escandalosa política económica al servicio del FMI. Pese a que durante su gobierno los ingresos por concepto de venta de hidrocarburos se triplicaron, el Estado venezolano contrajo deudas



descomunales con instituciones financieras extranjeras. La deuda pública ascendió a 25 mil millones de dólares, lo que obligó a Venezuela a someterse a las directivas económicas del Fondo Monetario Internacional (FMI).

Otra característica del gobierno de Herrera Campíns fue la corrupción. La devaluación de la moneda durante el famoso “viernes negro” (febrero de 1983) derivó en el escándalo de corrupción en el otorgamiento de dólares preferenciales a través del Régimen de Cambios Diferenciales (Recadi).

Sigue la corrupción y las masacres

Jaime Lusinchi (1984-1989), de Acción Democrática, también pasará a la historia como responsable de una corrupción desatada y dos conocidas masacres.

El 8 de mayo de 1986, nueve luchadores sociales fueron asesinados por un comando de la Disip en la población de Yumare, en el estado Yaracuy. Varios testigos declararon que las víctimas fueron torturadas antes de ser ejecutadas. Las autoridades indicaron que se trató de un enfrentamiento armado con un grupo guerrillero, pero luego se comprobó que les habían colocado los uniformes militares después de muertos.

El 29 de octubre de 1988, 14 pescadores de la localidad de El Amparo, en el estado Apure, fueron asesinados por el Cejap, organismo que dependía directamente del Presidente y estaba integrado por efectivos de la Disip y de la PTJ.



La corrupción alcanzó tales niveles, que tanto Lusinchi como Blanca Ibáñez (su secretaria y amante) fueron posteriormente acusados por delitos contra el patrimonio público de la nación y ambos huyeron al exterior, pese a la orden de prohibición de salida del país dictada en su contra durante el proceso judicial.

Paquete económico, Caracazo y levantamientos

El flagelo de la corrupción alcanzó su punto más álgido durante el segundo mandato de Carlos Andrés Pérez (1989-1993), quien fue destituido antes de terminar su período, cuando la Corte Suprema de Justicia dictaminó que había méritos suficientes para un juicio por peculado doloso y malversación y el Congreso Nacional resolvió destituirlo.

Sin embargo, otros acontecimientos más importantes precedieron su lamentable final como Presidente de la República:

- La implementación de una serie de medidas económicas impuestas por el FMI, bajo el nombre de “paquete económico”, con el fin de aplicar en Venezuela el modelo neoliberal que el imperialismo estaba instaurando en toda América Latina, provocó el 27 de febrero de 1989 una rebelión popular espontánea conocida como el Caracazo, que el Gobierno ahogó en sangre.
- El 4 de febrero de 1992 se produjo un levantamiento cívico-militar contra la corrupción administrativa, la represión sistematizada y las

políticas neoliberales aplicadas contra la voluntad del pueblo. Un grupo de oficiales revolucionarios, encabezados por el comandante Hugo Chávez Frías, se planteó “romper el muro político” y abrir el cauce a los cambios que requería el país.

- Los altos índices de pobreza y el deterioro ético del gobierno llevó en noviembre de 1992 a otro grupo de oficiales a intentar consumar la rebelión iniciada en febrero, con miras a instaurar un modelo socioeconómico basado en la justicia social.



Crisis financiera, inflación y “apertura petrolera”

Rafael Caldera (1994-1999) es el último Presidente de esos vergonzosos cuarenta años que demostraron que la democracia no es garantía de poder [krátos] del pueblo [demos].

Un ejemplo de ello es el fraude que se cometió en esas últimas elecciones del puntofijismo, cuando el verdadero vencedor habría sido la Causa Radical con su llamado a un cambio social profundo.

En el plano económico, durante el gobierno de Caldera, Venezuela vivió su peor crisis financiera, que se transformó rápidamente en estafa bancaria. Más de diez instituciones bancarias se desmoronaron y los auxilios financieros otorgados por el Estado se fugaron al extranjero, dejando en la ruina a miles de ahorristas. Más de sesenta mil pequeñas y medianas empresas quebraron; la inflación alcanzó cifras jamás vistas (más de 100% en 1996); se suspendieron temporalmente algunas garantías constitucionales relacionadas con la actividad económica y se inició un proceso de apertura

petrolera que significaba el preludeo a la privatización de Pdvsa.

Posterior al segundo mandato de Caldera, el 6 de diciembre de 1998, Hugo Rafael Chávez Frías gana las elecciones con 56,5% de los votos, pone fin al engaño pseudodemocrático del Pacto de Punto Fijo y abre el camino a una nueva democracia en que el pueblo es el verdadero protagonista.

La Revolución Bolivariana



La democracia participativa y protagónica

El fin del Pacto de Punto Fijo

Esa larga lucha del pueblo venezolano por su emancipación, desde la resistencia indígena contra el invasor español hasta la rebelión popular de 1989, pasando por las guerras de independencia, la resistencia a las dictaduras del siglo XX y el combate por el socialismo, tuvo su gran victoria el 6 de diciembre de 1998, cuando el candidato Hugo Rafael Chávez Frías fue electo Presidente de Venezuela con el 56,5% de los votos.

Su llegada a la Presidencia de la República significó el fin del Pacto de Punto Fijo entre los dos principales partidos defensores de un modelo que sólo beneficiaba a los propietarios del capital, y el inicio de una era en que el pueblo empezó a ser protagonista de su destino.

Chávez representaba la esperanza de arrebatárles el poder a los responsables de las políticas neoliberales aplicadas para salvar un sistema económico regido por la ley del mercado y sus secuelas de exclusión y pobreza generalizada. La gente apoyó

masivamente al candidato que prometía barrer con un aparato político inadaptado a los cambios profundos que requería el país.



El viejo Estado burocrático y corrupto, pensado y hecho de esa manera para beneficiar a las élites criollas, para reprimir y excluir a las mayorías y al pueblo, ciertamente ha experimentado procesos internos de transformación, pero igual estamos muy lejos del Estado social de derecho y de justicia que necesitamos para consolidar y profundizar nuestra Revolución.

Hugo Chávez

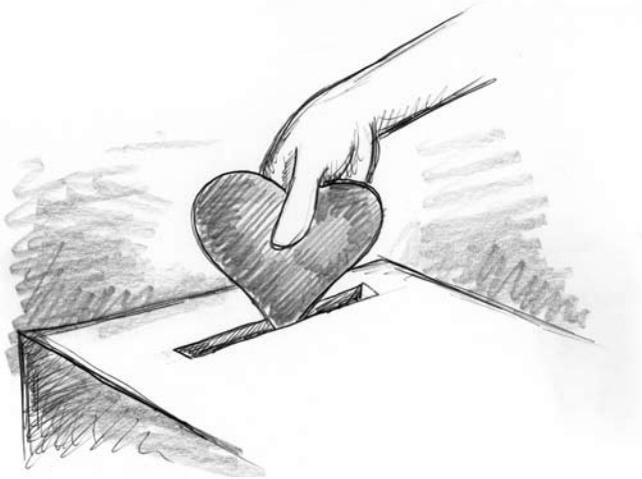
Nace una nueva democracia

La primera medida que tomó como Presidente fue convocar a un referendo para que el pueblo dictaminase sobre el futuro de la patria: “¿Convoca usted una Asamblea Nacional Constituyente con el propósito de transformar el Estado y crear un nuevo ordenamiento jurídico que permita el funcionamiento efectivo de una democracia social y participativa?”, fue la pregunta a la que las venezolanas y los venezolanos respondieron afirmativamente.

A partir de entonces, se inició un profundo proceso de discusión nutrido de propuestas provenientes de todos los sectores sociales, hasta que el 15 de diciembre de 1999 el pueblo aprobó, por primera vez en su historia, su Constitución con 71,19% de votos a favor.

El reemplazo de la Constitución de 1961 y sobre todo la forma en que se realizó la sustitución, marcaron la pauta de lo que sería la manera de hacer política del nuevo Gobierno, que en adelante legislaría siempre desde el pueblo y para el pueblo.

Ese primer paso en la reforma del Estado y el asentamiento del poder constituyente originario, de la soberanía del pueblo sobre cualquier figura política, es la base del poder popular que se ha ido consolidando con el transcurrir de los años, y con el avance en la organización y la toma de conciencia del pueblo.



Formas de organización del poder popular

Once años después, las mesas técnicas de agua, los comités de tierra urbana, los consejos comunales, entre otras formas de poder popular, se cuentan por miles y asumen cada día mayores responsabilidades en la orientación y la administración del país.

Progresivamente, nosotros, el poder constituido, que es lo que somos, debemos ir transfiriéndole poder político, social, económico, administrativo al poder comunal para que marchemos rumbo al Estado social, al Estado comunal y salgamos de las viejas estructuras del Estado capitalista burgués que lo que hace es frenar los impulsos revolucionarios y termina enterrándolos.

Hugo Chávez



Construyendo el bienestar social

Instantáneamente luego de ser reelegido bajo la nueva Constitución, a mediados del 2000, el presidente Chávez realizó una gira por varios países miembros de la OPEP a fin de reactivar esa organización, a la vez que visitaba otros países como China para sentar las bases de un mundo multipolar y quebrar la dependencia con Estados Unidos.

Paralelamente a la transferencia progresiva del poder al pueblo organizado y al fortalecimiento de la economía, el Gobierno Bolivariano inició un plan de reestructuración de esa misma economía para avanzar hacia un sistema basado en la justicia social.

Cabe destacar el nacimiento y desarrollo de las misiones sociales en salud, educación y otras áreas abandonadas por los gobiernos anteriores, fue otra de las respuestas del Gobierno a las necesidades del país y de su población más desasistida e históricamente excluida. Al haber recuperado la industria petrolera, el país contaba con más recursos para impulsar esas iniciativas de carácter social.



En el 2001 se aprobaron 49 leyes, entre las cuales están la Ley de Hidrocarburos, la Ley de Pesca y la Ley de Tierras, que implicaba un plan de reforma agraria indispensable dada la cantidad de tierras ociosas y en manos de los latifundistas.

El socialismo en lo económico tiene también su peso específico. Debemos ir de manera progresiva transformando las estructuras del modelo capitalista y eso

nos llevará un largo tiempo. Porque el modo de control del capital es metabólico, se reproduce a sí mismo, tiene mecanismos de reproducción, tiene especies de virus que aparecen, reaparecen y se expanden, y aquí, en Venezuela, el modelo capitalista fue sembrado a fondo no sólo en la realidad concreta, sino en la mente de la gran mayoría de los venezolanos.

Hugo Chávez



La oligarquía arremete

Los que habían sido dueños indiscutibles del país durante siglos, apoyados por sus aliados internacionales, cuyos intereses peligraban con los avances de la Revolución, recurrieron a los métodos que siempre han utilizado en América Latina y el mundo para conservar sus intereses: el golpe de Estado, que los sectores más retrógrados y antidemocráticos de la sociedad venezolana intentaron en abril de 2002.

El pueblo, unido a las Fuerzas Armadas, respetuosas de la Constitución y las leyes, derrotó la asonada fascista y restauró el orden democrático.

Pocos meses después, en un segundo intento desesperado por derrocar el Gobierno revolucionario, la misma clase que temía perder sus privilegios ante la marcha de los trabajadores por exigir sus derechos y conquistar el espacio que desde siempre le había sido arrebatado, orquestaron un plan de sabotaje a la industria petrolera nacional para arruinar el país y obligar al Gobierno a renunciar.

Nuevamente, los trabajadores y las trabajadoras se movilizaron para aplastar

la conspiración de la burguesía y sus agentes a la cabeza de los medios de comunicación y de los sindicatos vendidos a Fedecámaras.

El fracaso de esas dos sediciones debilitó a los sectores más violentos de la oposición, que optó por recurrir a métodos democráticos para tratar de sacar al presidente Chávez. Así, el año 2004 se abocaron a la tarea de recoger las firmas, que estipula la Constitución, para convocar un referendo revocatorio del Presidente, que se realizó en agosto de ese año.

Al no tener la capacidad política para asumir la derrota del referendo, denunciaron fraude y acusaron al Centro Carter y la OEA de ser cómplices de Chávez.

Ese mismo año se realizaron elecciones regionales, cuyo resultado afianzó al Gobierno Bolivariano que ganó en 22 estados y la inmensa mayoría de las alcaldías.

Divididos por tantos fracasos, volvió a imponerse el sector más violento que, en 2004,

introdujo 130 paramilitares colombianos en el corazón de Caracas para desestabilizar el Gobierno y, probablemente, con intenciones de cometer un magnicidio.

La respuesta del movimiento bolivariano ante la agresión de la oligarquía y sus socios del extranjero fue contundente, tanto en lo interno como en su política internacional.

La Revolución Bolivariana, después de cinco años, tres meses y después haber pasado por varias facetas, ha entrado en la etapa antiimperialista. Ésta es una revolución antiimperialista.

Hugo Chávez



Una revolución antiimperialista

En la política interna, en el año 2006, el presidente Chávez invitó a todos los progresistas de distintas corrientes del pensamiento revolucionario a crear el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), que en pocos meses se convirtió en la primera fuerza política del país y la herramienta más sólida para consolidar la construcción del socialismo.

Eso es lo que nuestros adversarios no sólo desconocen a la hora de plantearse sus estrategias, sino que cuando se dan cuenta del poder del pueblo, les da miedo porque pierden su hegemonía, la vieja hegemonía de las clases que gobernaron aquí, de las élites que gobernaron al país.

Hugo Chávez

En esa confrontación con el imperio estadounidense, ineludible para los pueblos que buscan el camino hacia su verdadera independencia, se ha ido afianzando la integración latinoamericana. Venezuela ha sido motor en ella, desde su apoyo constante al Mercosur, hasta la conformación del ALBA y Unasur.

El presidente Chávez no es ajeno al despertar de los pueblos de América en su enfrentamiento con los intereses miserables de las transnacionales y algunos gobiernos del Norte que las representan.

Proyectos tales como Telesur, la Radio del Sur, el Banco del Sur, Petrocaribe, entre otros, apuntan a esa integración y la recuperación del sueño de Bolívar de crear una patria grande y poderosa que pueda oponerse al dominio del imperialismo.

La expropiación de grandes latifundios y de empresas estratégicas, comunicaciones, electricidad, alimentación, transporte, etc., son parte de la misma estrategia de transferencia del poder al pueblo, como lo es la creación de las comunas y la voluntad de apoyar la multiplicación de organizaciones sociales, de campesinos, trabajadores, estudiantes, entre otros.

El viejo Estado burgués que todavía vive tenemos que irlo desmontando progresivamente, mientras vamos levantando el Estado comunal, el Estado socialista, el Estado bolivariano; un Estado que esté en condiciones y en capacidad de conducir una Revolución.

Hugo Chávez





Índice

Presentación	3
Antes de Venezuela	5
Con Colón empezó el saqueo	17
Resistencia indígena	29
Rebeliones reindependentistas	41
La Independencia	63
La oligarquía y sus caudillos	75
La dictadura del petróleo	91
La democracia de Punto Fijo	105
La Revolución Bolivariana	125

CO

Ediciones
Correo del Orinoco

*La artillería
del pensamiento*

Este libro agrupa los nueve folletos ilustrados, editados por el fondo editorial Correo del Orinoco y distribuidos en el marco de la feria del libro de ese año y luego encartados en el periódico del mismo nombre, a principios de 2011. Este texto presenta una síntesis de la historia de Venezuela, desde el punto de vista de la lucha de clases.